

HOMENAJE

AL PADRE DE LA PATRIA

MIGUEL HIDALGO Y COSTILLA



1810-1905



REVISTA MODERNA DE MEXICO



DIRECTOR, JESÚS E. VALENZUELA. CONSULTOR ARTÍSTICO, JESÚS URUETA.

ACTA DE INDEPENDENCIA

DEL CONGRESO DE CHILPANCINGO.

«El Congreso de Anáhuac, legítimamente instalado en la Ciudad de Chilpancingo de la América Septentrional por las provincias de ella, declara solemnemente, á presencia del Señor Dios, árbitro moderador de los imperios y autor de la sociedad, que los da y los quita según los designios inexcrutables de su providencia, que por las presentes circunstancias de la Europa, ha recobrado el ejercicio de su soberanía usurpado; que en tal concepto, queda rota para siempre jamás y disuelta la dependencia del trono español; que es árbitro para establecer las leyes que le convengan, para el mejor arreglo y felicidad interior; para hacer la guerra y paz y establecer alianzas con los monarcas y repúblicas del antiguo continente, no menos que para celebrar concordatos con el Sumo Pontífice romano, para el régimen de la Iglesia católica, apostólica y romana, y mandar embajadores y cónsules; que no profesa ni reconoce otra religión más que la católica, ni permitirá ni tolerará el uso público ni secreto de otra alguna; que pro-

tegerá con todo su poder y velará sobre la pureza de la fe y de sus dogmas y conservación de los cuerpos regulares. Declara por reo de alta traición á todo el que se oponga directa ó indirectamente á su independencia, ya protegiendo á los europeos opresores, de obra, palabra ó por escrito; ya negándose á contribuir con los gastos, subsidios y pensiones para continuar la guerra, hasta que su independencia sea reconocida por las naciones extranjeras: reservándose el Congreso presentar á ellas, por medio de una nota ministerial, que circulará por todos los gabinetes, el manifiesto de sus quejas y justicia de esta resolución, reconocida ya por la Europa misma. Dado en el palacio nacional de Chilpancingo, á seis días del mes de Noviembre de 1813.—Lic. Andrés Quintana, vicepresidente. — Lic. Ignacio Rayón.—Lic. José Manuel Herrera.—Lic. Carlos María de Bustamante.—Dr. José Sixto Berdusco.—José María Licéaga.—Lic. Cornelio Ortiz de Zárate, secretario.

DISCURSO PATRIÓTICO



IGNACIO ALLENDE.

Cuando España, reconquistada del sarraceno y guiada por el genio de Colón, rompió entre la onda misteriosa el broche de lo desconocido, y bajo nuevos cielos y constelaciones nuevas, se tendió sobre las espumas del Atlántico la virgen tierra americana, á los pies de los heroicos aventureros españoles, la obra comen-

zada por el griego Alejandro y continuada por el romano Julio César, cristalizóse, de manera inmortal, bajo los blancos pórticos del Renacimiento; y surgió el objeto y fin perseguido hasta entonces inconscientemente, quedando escrito en la conciencia de los hombres y de los pueblos: HUMANIDAD.

Las nacionalidades modernas europeas, alejado el enemigo común, bajo la espada de Carlos Martel, de Pelayo y de Fernando, surgían de esa larga noche de diez siglos que se llamó la Edad Media. Fortificadas por la lucha, y encontrando estrechos los horizontes para su actividad, acrecían la esfera de la tierra con el descubrimiento de nuevos continentes; como la del cielo, por el telescopio, con el descubrimiento de nuevos mundos en el espacio, inmensa página abierta á la insaciable investigación. Keppler y Galileo prometían á Newton y Leibnitz, Colón y Vasco de Gama, á esa pléyade de conquistadores —civilizadores mejor dicho,—cuya más grande personalidad encarnara en Hernán Cortés. La Naturaleza no es sentimental, es impasible. Vivimos dentro de ella, y somos un vaso de su enorme laboratorio. Ella, la calumniada de Leopardi, produce la flor ó la espina, la sonrisa ó la lágrima,

el celaje ó la tempestuosa nube, la dicha ó el dolor, siempre indiferente. Imperturbable Themis, diosa vendada, se asienta sobre el Universo, ofrece en la una mano á nuestros útiles ó nocivos esfuerzos, la balanza de platillos vacíos, para que en ellos arrojemos nuestras propias obras, buenas ó malas; y apoya la otra en la espada, símbolo de su poder y de su fuerza. Lógica inflexible, no distingue en su seno fecundo la vida de la muerte—vanas palabras;— sigue su marcha, ascendente ó descendente, en el detalle del fenómeno transitorio, pero siempre dentro de la más perfecta y profundísima armonía.

El hombre, divinizado en el Antiguo y Nuevo Testamento, ha roto ya con la leyenda bíblica, volviendo á sí mismo, á la Naturaleza, en su hermosa peregrinación por los conocimientos positivos. La cal de sus huesos, el fierro de su sangre, el fósforo de su cerebro, arrancados al seno de la madre común, á ella vuelven en continuo movimiento, mostrando la uniformidad sin solución de la Naturaleza, y la identidad de los fenómenos sensibles que nos rodean con los que éstos producen dentro del raro estuche en que ha tenido que guardar su obra suprema: el pensamiento, que reobra sobre ella por la voluntad. Y así el hombre y así el conjunto de los humanos seres que llamamos sociedad—organismo superior,—sujetos siempre están á la misma uniformidad, á la misma identidad de los fenómenos universales. Dios creó el mundo; pero encargó á los hombres de crear la civilización.

La conquista era un complemento necesario, como lo fuera la romana en el mundo antiguo y lo fuera también la griega en el viejo Oriente. La espada de César ó de Alejandro han hecho por el humano progreso tanto como la palabra de San Pablo, mágica reveladora del cristianismo.

El descubrimiento de América y su con-

quista, son los mejores triunfos alcanzados en la moderna historia. Ya no discutimos el primero. Colón se ha alzado sobre el pedestal de su merecida gloria. Cortés recibe aún los vituperios públicos en la lengua misma que él nos enseñara, en las ciudades por él levantadas y bajo los templos por él erigidos y santificados con la Cruz—símbolo de redención—que él trajera en el puño de su espada y en el sagrado de su conciencia.

¿Por qué redivive esta profunda injusticia? Después de César, modelo acabado en la prosecución de su obra, según Mommsen, Cortés es el que mejor ha perseguido la suya. Guerrero ú hombre de estado, lanzándose con un puñado de compañeros á lo desconocido y venciendo; ó rodeado de más de doscientos mil aliados indígenas, que mantiene siempre fieles y en la mayor disciplina, ¿cómo es más grande? Compáresele con el augusto Carlos V, heredero de la doble corona de Aragón y de Castilla y de la imperial de Alemania; mírese menudamente la obra del soberano en los campos europeos, comienzo de la decadencia española, y el ensanchamiento de horizontes por Cortés y sus émulos logrado en América, no sólo para la expansión del ibero pueblo, sino para la supervivencia de su raza; y si la noble madre pudiera lamentarse de la sangre robada de su seno por las colonias, no así la humanidad, que en los umbrales del siglo XX ve erguirse á los jóvenes pueblos latino-americanos, con el verbo castellano en los labios y el ímpetu de la española raza en el corazón. En el concierto de los futuros progresos humanos, ellos tendrán que cumplir grandes destinos. ¿Qué motivo, pues, para ese olvido, más aún, para ese odio al conquistador? ¡Ah! él fué un gran capitán, un gran hombre de Estado, un civilizador. Ni á los sentimientos tiernos fué ajeno, en medio de la crudeza de aque-

llos sus tiempos, duros como el acero de su coraza. Él fundó una institución tan caritativa como el Hospital de Jesús en México. Ni la triste corona del olvido y de la ingratitud de su soberano, faltó á su laureada frente; murió solo, en pobre lugarejo y maltratado por el cetro que había enriquecido.

Su último deseo, vertido en su lecho de muerte, con la voz ya trémula en los labios lívidos, y la mirada casi apagada en el fondo de las órbitas de sus ojos—quizás abiertos en aquel instante, clara y fijamente, en los anchos cielos y en las hermosas selvas americanas, tan distantes y tan amadas,—su último deseo, como una plegaria, fué dormir el eterno sueño en la tierra mexicana, por la que sin duda moriría en incurable nostalgia.

¿Qué motivo, pues, para ese olvido, más aún, para ese odio al conquistador?

¡Cuauhtémoc!

¡Cuauhtémoc! Como que el rumor de nuestros mares modula un dulce canto uniéndose al concierto de nuestros bosques, mecidos al aliento del trópico y al eco de nuestras montañas, no bien envejecidas y canas todavía para apagar en su seno el fuego de sus lavas. Se oye el grito del águila que surca el cielo azul sobre la nube que rueda tormentosa flanqueando rápida la cordillera. La naturaleza ríe. Y borda, volando, el tricolor quetzal, el claro limpio de la selva salvaje. Todo eso es tuyo, y solamente tuyo, Cuauhtémoc. Tú estás solo, muy solo, en medio de tu pueblo. Los que te siguen obedecen al temor ó la superstición. Tú, tú, eres el alma, el alma pura y grande que abre sus alas y no sube á los cielos: de ellos baja sobre la tierra. Tu nombre es Cuauhtémoc, águila que descende: ¿En dónde están tus dioses? pregunta á Motezuma, el débil resignado de la fatalidad. ¿Y qué te importan los dioses tan acobar-

dados como tu soberano? Tú tienes para ti, en no repetida intuición, que tus dioses son impotentes; ¿más qué importa, si en tu pecho el deber surge y llena ese templo augusto de tu alma divina? Alzado sobre tu raza, sobre tus dioses, entras inconsciente, pero con seguros pasos, en la humanidad, no conocida, tal vez presentida por ti en revelación general. Sólo Cortés podía vencerte en las armas, no en la grandeza. Al evocar tu memoria, tórnase la palabra en voto religioso y las rodillas se doblan ante tu imagen, estoico superior á Catón en la ruina de la República romana.



IGNACIO LÓPEZ RAYÓN.

¿Cortés atormentó á Cuauhtémoc?

¿Cortés lo hizo perecer con muerte injusta é ignominiosa? Los intereses de la conquista no podían ser los de los vencidos; la consolidación de tan magna obra demandaba aún mucho dolor y mucha sangre. El tormento, causado, tal vez, por la grito sediciosa de los soldados vencido-

res, ávidos de oro y aprovechamientos, y á pesar del jefe verificado. La muerte dada al héroe, en medio de tan remotas como desconocidas tierras, necesidad imperiosa. Pero el pecado de Hernán Cortés fué un gran pecado y no lo disculpará jamás la razón política, no; lo disculpará el castigo de su olvido en España en sus últimos días, su amor infinito á la tierra conquistada, que era su obra, y la magnitud civilizadora de la obra misma.

Descendientes del uno y del otro, compétenos no juzgar sino con piedad filial al vencedor y al vencido; y resucitar en el pueblo mexicano el sentimiento del homenaje que Hernán Cortés merece. Cuauhtémoc y Cortés—reproduciendo la famosa inscripción germánica: «La muerte reúne á los que en vida estuvieron separados;—deben tener, como fundadores del moderno México, sus pedestales á igual altura y destacarse sobre ellos en bronceas estatuas como los adelantados de la Patria. El término de la injusticia es el comienzo verdadero de la libertad.

¡Qué período el de formación de la nacionalidad mexicana durante los tres siglos de la dominación española! La colonización latina difiere hondamente de la de la raza sajona. Esta procede por la destrucción del aborígene; aquélla por la mezcla con el autóctono; y el español en América es alto ejemplo de ese proceso humano.

No desdeñaron nunca los conquistadores unir su suerte á la de los vencidos; y al beso del vencedor y de la conquistada virgen azteca palpité el alma de las futuras generaciones—como en el beso conyugal palpita el alma de las épocas que vienen, que dijo el poeta;— generaciones de las que había de brotar, entre el nuevo producto étnico, la raza criolla, el gran Morelos, genuina representación de ella. Madre generosa, España, no escatimó á las colonias nada de lo que era su tesoro.

El país entero es monumento de su esfuerzo constante. Templos, colegios, hospitales, hospicios, acueductos dignos de romanos. Entre sus virreyes, un Mendoza, un Velasco, un Revillagigedo, no mejorados en la gobernación de pueblos. Y si bien es cierto lo repetido por muchos, con pujos de un indigenismo de mala fe: gabelas, encomenderos, servidumbre, etc.; ¿qué dolor llegaba á la colonia, que España no resintiera también? ¿Qué hacemos aún nosotros en materias de tributación?* ¿qué por la raza indígena, tan compadecida con la lengua y tan olvidada con el corazón? Y es que no se producen los fenómenos históricos á voluntad y capricho; la evolución es lenta. El progreso no procede á saltos. Y del antecedente se marcha al consiguiente. La leva, la atroz leva, como la llaman los sentimentalistas, ha sido más civilizadora en México para la raza indígena que todos los lacrimosos discursos de esos filántropos, tan comunes en la especie, que quieren llenar los estómagos de los débiles con huecas palabras y los suyos con las riquezas adquiridas por el trabajo incesante y siempre mal retribuido, de los desheredados porque predicán. La colonia fué lo que debía de ser. España, como ninguna otra nación, ha vertido en sus descendientes el calor de su vida y la vida de su espíritu.

Tiempos tristes, bien tristes para la Península, los del reinado de Carlos IV, ó mejor los de su favorito el Príncipe de la Paz. Nunca mayor bajeza ha deshonrado á pueblo alguno. ¡Cómo! ¿Era ese mismo el luchador de siete siglos? ¿El descubridor de América? ¿El vencedor de San Quintín y Pavía?

Abiertas las fronteras al francés, el he-

* Este discurso fué pronunciado en la tribuna cívica, antes que el actual gobierno hubiera realizado las grandes reformas financieras del Sr. Limantour.

redero del trono, mal hijo y peor español, arrastraba por el lodo la corona gloriosa de sus antepasados. Todo era pequeñez, perfidia, traición. Napoleón limpiaba sus botas en las cabezas del rey padre, del rey hijo y de los favoritos de ambos miserables. Estaba reservado á Bayona ser la piedra de escándalo. A Madrid la angular de la reconstrucción de la dignidad y de la integridad españolas. El grito del 2 de Mayo de 1808, fué como una nota de clarín para la madre patria y sus colonias americanas.

Envilecidos los reyes, surgía el pueblo, y el sentimiento nacional crecía, y se alzaba como una onda oceánica. Europa sometida levantó la cabeza, y la joven América latina sintióse estremecida por la primera revelación viril. Entraba, y era ya tiempo, en la pubertad. España, que por mirar á su pasado incomparable había vuelto constantemente la cabeza hacia atrás, como la mujer de Lot en estatua convertida, recibió el choque de las nuevas ideas, y resucitaba dueña de sus facultades y de su fuerza; y con aliento de huracán, marcó nuevos rumbos á la nave napoleónica, encallada finalmente en Santa Elena.

Cuando la noble Corregidora dió la patriótica alarma á Allende y se precipitó el instante de la Independencia, el plan, sin duda, aún no estaba madurado; pero, ¿qué hacer? ¿disertar sobre el asunto en la sagrada cátedra, ó empuñar las armas para la defensa de la vida y de la idea? En las conciencias había brotado ya, como un rayo de aurora, el sentimiento de la emancipación. Si prematura fué la proclamación de la Independencia, como se afirma vulgarmente, ¿qué transformación de esa magnitud ha comenzado por el éxito completo? La revolución de 1821 pudo ser por el antecedente de 1810; y no fueron mucho once años para la creación de la me-

xicana nacionalidad. El secreto de las revoluciones es el momento oportuno, nos dice Alamán. Si. ¿Y cuál es el momento oportuno? ¿El de Iturbide? Lástima grande que á autor tan distinguido como Alamán le faltara tanto de corazón, como le sobraba de inteligencia.



GUADALUPE VICTORIA.

El momento de Iturbide, lo habían preparado los acontecimientos de la Península, la deposición de Iturrigaray y la muerte del Lic. Verdad, el Corregidor Dominguez, la Corregidora, Allende, Hidalgo y sus compañeros, muy especialmente Morelos, que dió á la lucha los tamaños de la epopeya, Guerrero, el inquebrantable, y el español Mina, tipo completo de caballero armado de la libertad. Monteagudo lanzó á Iturbide en la tortuosa senda que lo condujo á Iguala, su puerto de salvación en la conciencia de sus conciudadanos. ¡Qué noche aquella noche de Dolores! Las estrellas parpadeaban sobre la tierra, dormida en la seguri-

dad de casi trescientos años de paz y la fe en las viejas oraciones levantadas en el seno de las creencias seculares por los rústicos habitantes de la humilde comarca, al recogerse en el nunca interrumpido sueño. Ni las hojas de los árboles se movían, y el agua parecía correr más silenciosamente. Escúchase, de pronto, el rumor producido por el paso de un caballo apresurado. Móntale gallardo jinete, que se destaca apenas en la senda solitaria. Antójase fantasma, alma en pena, engendro de la tiniebla que se extiende inmóvil sobre el mundo. Pasa, y aullan los perros en el vecino caserío; murmuran como despertándose las aves que mueven las frondas lentamente; y penetra el nocturno caballero en el callado pueblo, rompiendo el silencio de la noche con el golpe seco de los herrados cascos de su potro. Allégase á una casa, la casa cural; llama á la puerta con sigilo, brilla una luz pálida en el interior. Desmonta. Entra. Encuéntrase con un venerable anciano. Hablan inquietos á solas. Salen juntos. Crecen los rumores. Llegan al templo y de repente las campanas, movidas por manos invisibles, llaman á misa, doblan, repican como enloquecidas. Lo sobrenatural se impone al ánimo de los comarcanos que se despiertan estupefactos. Corren hacia su vieja iglesia, que brilla como una antorcha en medio de las sombras, y caen de rodillas en los sagrados umbrales, á los pies de su viejo cura que, empuñando una espada en la mano, de las bendiciones clama: ¡Independencia! apoyando la otra en el robusto brazo de joven y arrogante oficial español. Y en tanto que la luz se revela en los horizontes con los matices de un incendio, celébrase la primera misa en el altar improvisado de la patria. No era aquel el momento de Alamán. No era el momento de Iturbíde. Era el momento de la Corregidora, mujer sublime. Era el mo-

mento de Hidalgo, tres veces grande, por su vida, por su muerte y por su descubrimiento, Colón de almas, del alma de Morelos.



FRANCISCO JAVIER MINA.

Si recorremos, paso á paso, los campos ensangrentados de aquella guerra, veremos la sangre del indio y del español, en ambos partidos, mezcladas en una misma ofrenda. La guerra en España fué una guerra extranjera. La guerra en América una guerra intestina. No era la independencia una reivindicación. Era la dolorosa pero necesaria emancipación del hijo mayor de edad, frente por frente al espejismo siempre mágico de las ansiedades y aspiraciones juveniles, recalentadas, en la sangre de sus venas, por el impulso guerrero de su doble origen: indio y español. A las masas movidas por Hidalgo, es verdad, las llevaba más que otra cosa el fanatismo. Era á la Virgen de Guadalupe y á su santo pastor, la una en la bandera, el otro, á su cabeza, todo lo que alcanzaban á mirar sus ojos en el horizonte del ideal.



VICENTE GUERRERO.

Como en todas nuestras posteriores luchas políticas y sociales, esas pobres masas eran levadura, común en ambos campos, para los esfuerzos materiales de la guerra. El tiempo, el gran depurador, completará el juicio merecido, noblemente iniciado por el inolvidable Don Anselmo de la Portilla, y ya bien marcado en la recíproca estimación de españoles y americanos, de padres é hijos. ¡El pasado! ¿Cómo maldecirlo si de él vivimos necesariamente, y si resultaría absurdo querer sustraerse á sus naturales influencias? Lo que hay de permanente en nuestro ser, lo que constituye nuestra personalidad, lo que caracteriza y determina á nuestra raza, como propio suyo, para la vida y para el progreso, es precisamente una acumulación de herencia, á cuyo absoluto desconocimiento jamás podrá llegarse ni por la ingratitude ni por la locura. La generación que inmediatamente nos ha precedido, ha hecho bastantes esfuerzos para hacernos caer en semejante error. ¿Qué ha logrado? Dar el

ejemplo para que algunos de nuestros contemporáneos, por reacción inevitable, y extremando las ideas al calor de la polémica, cometiesen á su vez la injusticia de negar los grandes servicios de quienes prestaron á la Nación el enorme contingente de fe y entusiasmo, que correspondiera á una época de agitaciones y sacudimientos necesarios, también, para echar por nuevos derroteros. Las quejas han sido amargas; pero han tenido justos motivos de lamentarse, porque á su vez les llega el turno á aquellos que lanzaron á la continua sobre el pasado, sin meditación y sin estudio, las más sangrientas maldiciones y que todavía no parecen ni arrepentirse ni enmendarse. ¡Ah! ¡cuánta amargura vertiéramos en la vida de nuestros inmediatos predecesores políticos, si imitásemos sus procedimientos con los que les precedieron en la historia del país! . . .

La grandeza de un pueblo no se nutre del aborrecimiento, sino del amor, que es alta prenda de unión y de robustez.

Como las viejas tribus americanas, urgidas por nuevas necesidades ó fustigadas por la guerra se trasladaban, en medio de las selvas vírgenes, llevando piadosamente á la espalda las cenizas de sus padres, sigamos por la intrincada vida moderna, con el santo depósito de nuestro pasado, fijos los ojos en lo porvenir. Pocos pueblos, como el nuestro, en tiempo tan corto de vida propia, adquieren fisonomía nacional tan enérgica.

Señores: En aniversarios como el que hoy celebramos, lleguémonos al altar de la

Patria, cubierto de flores por nuestras manos piadosas, llevando, no la maldición, sino la bendición en la boca; el cariño que fecunda, no el odio que esteriliza, en el corazón; la fe y la esperanza en nuestros destinos, encendidas por el recuerdo de las pasadas glorias, no el desaliento cobarde en el pecho. Hemos hecho la guerra, hemos hecho la paz. Se alzan ante nosotros altos, muy altos ideales: el progreso y la libertad. Marchemos por el progreso, hacia la libertad.

JESÚS E. VALENZUELA.



A HIDALGO

I

¡Volvamos nuestros ojos al pasado!
Emigre el pensamiento arrebatado,
Y rasgando el pavor de otras edades,
Pose su vuelo en la inmortal Dolores,
Adonde luce lleno de fulgores
El astro de las patrias libertades!

II

¿Veis la humilde parroquia? . . . ¿el campanario? . . .
. ¿El luminoso blanco del santuario
Entre la luz rojiza de la aurora?
¿Veis inclinarse, al són de las campanas,
Una cabeza noble y soñadora,
Llena de pensamientos y de canas?

III

De Hidalgo es esa frente que se inclina!
. Ya el ideal de libertad germina
Bajo el hielo que cubre sus cabellos!
Y ante el Dios que murió por los humanos,
Elevan una súplica sus manos
Y su frente se cubre de destellos!

IV

Hidalgo habla en la noche con el Cristo.
Dice: A mi patria escarnecida he visto!.....
Por contemplar su yugo hecho pedazos,
Moriré como tú, crucificado!.....
Y el Cristo del altar abre los brazos
Al Cristo de la Patria, arrodillado!

V

Tuvo la empresa de su parte al cielo!
Nació en un templo, levantó su vuelo
Al místico sonar de una campana.....
Un lábaro buscó que la cubriera
Y la dulce madona americana
Bajó del Tepeyac á su bandera!.....

VI

Pero Hidalgo, otro Dios fuerte y fecundo
Tuvo en la Libertad! el Dios del mundo
A quien no crucifica el Pesimismo,
Ni sepultan los mares de la duda!
Dios triunfal de la cruz y del abismo
A quien el mundo en éxtasis saluda!

VII

Y á la vez que predica la cruzada,
Deja Hidalgo la cruz; ciñe la espada,
Heroico fraile que á la luz del cirio
Con la hostia levanta una bandera
Y coloca en su nivea cabellera
El casco y la corona del martirio!

VIII

Y se lanzó á la lucha aquel gigante!
 La mística bandera alzó triunfante
 Y con su diestra vengadora y pía
 Hirió al tirano, castigó al verdugo,
 Libró á mil siervos del infame yugo,
 Y al par que fulminaba..... bendecía!

IX

Y fué el cadalso el fin de su heroísmo!
 Al sol subió la sombra del abismo,
 Y nublados del astro los fulgores,
 Sangró otra vez esa tragedia obscura
 Que Hidalgo celebró cuando era cura
 De la humilde parroquia de Dolores!.....

X

¡Oh heroica sangre que á la Patria abona!
 Si de flores la tierra se corona,
 Si bajo el cielo azul triunfa el paisaje
 Enflorado con mirtos y laureles.....
 Si estremecen las liras su cordaje
 Y al mármol acarician los cinceles.....

XI

Si evocando la sombra de Virgilio
 Brota junto á la geórgica el idilio,
 Y la Patria, en su hamaca reclinada,
 Sueña al ritmo de plácidos vaivenes
 Bajo fresca palmera doblegada,
 Cadencioso abánico de sus sienes.....

XII

Si hace la paz que fructifique el suelo
Y luzca el arco iris en el cielo
Y broten los olivos y los lirios.....
Para esa gloria que la tierra inunda,
Tuvo antes que brotar, brava y fecunda,
La sangre de los épicos martirios!

XIII

Si eres feliz, ¡oh pueblo mexicano!
Si no eres el esclavo de un tirano,
Pon en tu pecho, entre tus dioses lares,
A Hidalgo, que arrasó tus gemonías,
A otro libertador: Benito Juárez,
Y al héroe de la paz: Porfirio Díaz!

XIV

Piensa en Hidalgo, y si la Patria llora,
Si alguno la amenaza.....conmemora
Del abnegado Cura de Dolores
La sangre mártir, la cabeza cana,
Sus canas y su sangre.....dos colores
Que ostenta la bandera mexicana.

JOSÉ JUAN TABLADA.



JOSÉ M. MORELOS Y PAVÓN.

MORELOS

(*Historia de México.*—Lucas Alamán. Tomo IV.—Libro VII.—Cap. I.—Imprenta de V. Agüeros y C.^a—1884.—México).

Morelos, entretanto, había sido conducido á Tepecoacuilco. A la salida de Tenango fueron fusilados, por orden de Concha, los veintisiete prisioneros que se habían cogido en la acción,¹ haciendo que los dos presos, Morelos y Morales, presenciasen la ejecución: al primero se le echaron grillos en Huitzoco, y más adelante también á Morales. La gente de los pueblos del tránsito, en las inmediaciones del camino, acudía en tropel á conocer al hombre que por tanto tiempo había fijado la atención de todo el reino. En Tepecoacuilco, en virtud de las órdenes del virrey recibidas allí, se separaron las dos divisiones, marchando Villasana á Tixtla y continuando Concha con los presos á México. El 21 de Noviembre, á las cuatro de la tarde, llegó éste al pueblo de San Agustín de las Cuevas (Tlalpan), distante cuatro leguas de la capital, en el que se agolpó multitud de personas, deseosas de ver á aquel hombre extraordinario, siendo grande toda aquella tarde el concurso en la calzada que conduce á la ciudad, de gente en coches, á caballo y á pie, atraída por la misma curiosidad. El virrey no creyó deber

presentar al preso en espectáculo en una entrada pública, y en la madrugada del 22 lo hizo conducir con una escolta en un coche, á las cárceles secretas de la Inquisición.

Estaban nombrados de antemano los jueces comisionados por la jurisdicción unida, que lo fueron, por la real, el oidor subdecano y auditor de la capitania general, D. Miguel Bataller; y por la eclesiástica el provisor del arzobispado Dr. D. Félix Flores Alatorre, y habiendo mandado el virrey que el proceso se concluyese dentro de tres días, las actuaciones comenzaron el mismo día 22, á las once de la mañana, quedando en la tarde terminada la confesión con cargos:² en seguida se hizo saber al reo que podía nombrar al defensor que le pareciese, y habiendo contestado que no conocía á nadie en México, lo dejaba á la justificación y prudencia del señor provisor; éste nombró al Lic. D. José María Quiles,³ abogado joven, que apenas era conocido en el foro, y estaba todavía en el Seminario donde hizo su carrera, al cual se previno por los jueces comisionados, presentase la defensa en la ma-

1 El P. Salazar, en los apuntes que me ha dado, dice que entre estos desgraciados fué comprendido el mismo que dió aviso de la dirección que había tomado Morelos.

2 Murió hace algunos años, siendo canónigo de la Colegiata de Guadalupe.

3 Esta confesión se halla en el cuaderno 1.^o de la causa de Morelos.

ñana del 23, entregándose la causa, y que para formarla, no sólo se le franquease ésta, sino que también se le permitiese comunicar con el reo, y tomar de él las instrucciones que necesitase. Morelos, lejos de intentar atribuir á otros la parte que había tenido en la revolución, descargando sobre ellos todo lo que podía haber de más odioso en sus procedimientos, como lo habían hecho Hidalgo, Allende y sus compañeros, contestó con dignidad y firmeza á todos los cargos que se le hicieron, de los cuales sólo indicaremos los principales. Acusado de haber cometido el crimen de traición, faltando á la fidelidad al rey, promoviendo la independendencia y haciendo que ésta se declarase por el Congreso reunido en Chilpancingo, respondió: «que no habiendo rey en España cuando se decidió por la independendencia de estas provincias y trabajó cuanto pudo para establecerla, no había contra quien se pudiese cometer este delito, y que hallándose después comprometido en la revolución, concurrió con su voto á la declaración que se hizo en el congreso de Chilpancingo, de que nunca debía reconocerse al Sr. D. Fernando VII, ya porque no era de esperar que volviese, ó porque si volvía había de ser contaminado; pero que antes de votarlo consultó con las personas más instruidas que seguían aquel partido, y le dijeron que era justo por varias razones, de las cuales era una, la culpa que se consideraba en S. M. por haberse puesto en manos de Napoleón y entregádole la España como un rebaño de ovejas, y que aunque tuvo conocimiento de su regreso de Francia, nunca le dió crédito ó juzgó que habría vuelto napoleónico,» en lo que quería decir sujeto al influjo de Napoleón y corrompido en su creencia religiosa. Al cargo que se le hizo por la muerte del teniente general Saravia y demás jefes fusilados en Oaxaca, ejecución de varios indi-

viduos en Orizaba y asesinato de los prisioneros españoles en el Sur, contestó: «que él era quien había mandado todas estas ejecuciones, en cumplimiento de las órdenes expedidas por la junta de Zitácuaro en cuanto á los dos primeros casos, y por acuerdo del congreso de Chilpancingo en el último, y que en este no eran asesinatos sino represalias, por no haber admitido el gobierno el cange que se le propuso de aquellos prisioneros por Matamoros.» Tampoco negó haber dado su voto en el gobierno, como individuo del poder ejecutivo, para que se incendiasen, como se había hecho en Tenango, los pueblos y haciendas inmediatas á las poblaciones que estaban por el gobierno, y aunque se reconoció culpable por haberle desatendido los requerimientos y amonestaciones del arzobispo Lizana y demás obispos en cuya diócesi había estado, dijo: «que en cuanto á la carta que le escribió el Sr. Campillo, no hizo aprecio de ella por las razones que expuso en su respuesta, y que por lo relativo á las excomuniones que fulminaron contra los insurgentes los obispos y la Inquisición, no las consideró válidas, porque creyó que no podían imponerse á una nación independiente, como debían considerarse los que formaban el partido de la insurrección, si no es por el Papa ó por un concilio general,» y en cuanto al edicto del obispo Abad y Queipo de 22 de Julio de 1814, por el cual lo declaró en especial hereje excomulgado y depuesto del curato de Carácuaro, «contestó que nunca lo había reputado como obispo y, por consiguiente, no se creyó obligado á obedecerlo.» Por último, el cargo que se le hizo por las muertes, destrucción de fortunas, ruina de familias y desolación del país, dijo: «que estos eran los efectos necesarios de todas las revoluciones, pero que cuando entró en ella, no creyó que se causasen, y que, desengañado de que no

era posible conseguir la independencia, así por la diversidad de dictámenes, que no permitía tomar providencias acertadas, como por la falta de recursos y de tino, había pensado pasarse á la Nueva Orleans, á Caracas, ó si se le proporcionaba, á la antigua España, para presentarse al rey, si es que había sido restituido, á pedirle perdón, aprovechando para ello la coyuntura de trasladarse el congreso á las provincias de Puebla y Veracruz, cuyo pensamiento manifestó á sus dos compañeros en el gobierno.» Los demás cargos fueron contraídos á preguntas de si en el tiempo que había permanecido en la revolución había celebrado misa, el que satisfizo, diciendo: «que se había abstenido de hacerlo, considerándose irregular desde que en el territorio de su mando comenzó á haber derramamiento de sangre: «sobre el pectoral del obispo de Puebla, acerca del cual se le preguntó si lo había tomado considerándolo como cosa necesaria, porque había dicho, como era la verdad, que de los bienes saqueados ó confiscados sólo tomaba lo que era preciso para su subsistencia, respondió: «que se lo había regalado el P. Sánchez, que lo había cogido en el convoy de que se apoderaron los insurgentes en Nopalucan, que no sabía ser del obispo y que lo había conservado porque no había encontrado quien se lo comprase.» Otras preguntas se le hicieron á este tenor, que omitimos referir por menos importantes.

El defensor presentó su defensa como se le había mandado en la mañana del mismo día 23 en que se le entregaron los autos, y aunque hubiese sido tan corto el tiempo que para formarla se le dió, la extendió de una manera que hace honor á su capacidad, y manifiesta la decisión y buena fe con que trató de salvar á su cliente, á pesar de las pocas esperanzas que podía concebir en una causa ya juzgada

de antemano: en ella hizo uso de las mismas disculpas que Morelos había dado contestando á los cargos, bien que presentándolas como era necesario en un tribunal realista, no como razones fundadas, sino como errores de entendimiento que salvaban la intención, y con mucha habilidad apoyó sus argumentos en el decreto de Fernando VII de 4 de Mayo de 1814, por el que declaró nulo todo lo que se había hecho durante su ausencia, y usurpadoras de la potestad real á las Cortes, cuya autoridad no había querido reconocer Morelos, concluyendo en nombre de éste, con reiterar la propuesta que ya tenía hecha por medio de Concha, de que si se le perdonase la vida, manifestaría planes con los cuales en poco tiempo quedaría pacificado todo el país: esta propuesta, las instrucciones que como luego veremos, dió al virrey para la prosecución de la guerra con buen resultado, y la intención que dijo haber tenido de separarse de la revolución para presentarse al rey á pedir perdón, son los únicos actos de debilidad que se descubren en toda la conducta de Morelos desde su prisión hasta su muerte.

El defensor, por las razones que tenía alegadas, y por esta propuesta cuya importancia encarece con empeño, pidió que se impusiese al reo la pena que se juzgase justa, como no fuese la capital.

Concluida de este modo la causa por la jurisdicción unida, en las veinticinco horas transcurridas de las once de la mañana del 22 á las doce del 23, el auditor Bataller la remitió al arzobispo electo Fonte, para los efectos prevenidos por el virrey, y siendo éstos, la degradación y entrega del reo, que sólo podía pedir la jurisdicción militar, el comisionado eclesiástico no firmó el oficio de remisión, limitándose á dar aviso al arzobispo por otro diverso. Este prelado, que en la contestación que dió al del virrey, que le fué consignado el

reo á la jurisdicción unida, que es la cabeza del proceso formado por ésta, manifestó no estar conforme con su opinión, acerca de «no necesitarse más que la notoriedad de los delitos de Morelos, y el hecho de haber sido cogido con las armas en la mano, para que sufriese la pena capital,» cumpliendo con las formalidades prescritas por los cánones, tan sólo por haber en México los medios necesarios para que pudieran practicarse; sino que se reservó el derecho «de imponer al reo las penas que mereciese previo el conocimiento judicial que sus delitos y circunstancias permitiesen, asociándose las personas calificadas que el derecho prescribe tratándose de la pena que el virrey expresaba en su comunicación, sin que por esto se entendiese que la Iglesia protegía los delitos, siendo sus facultades oportunas para el castigo de sus súbditos:» mandó pasar los autos de preferencia al promotor y nombró para componer la junta que previene el capítulo 4.º de la sesión 13.º del Concilio de Trento, á los obispos de Oaxaca y electo de Durango, residentes entonces en México, siéndolo de la última de estas diócesis el marqués de Castañiza, recientemente nombrado, y á los doctores Don José Mariano Beristain, Don Juan de Sarria, Don Juan José Gamboa y Lic. Don Andrés Fernández Madrid, dignidades de deán, chantre, maestro-escuelas y tesorero de la Catedral de México, todos americanos, á excepción del obispo de Oaxaca y el chantre; los cuales, oído el promotor, y dado su voto por escrito el obispo de Oaxaca, que por estar enfermo no pudo asistir á la junta presidida por el arzobispo electo, el día 24 sentenciaron unánimemente al reo, motivando el auto en la notoriedad y enormidad de sus crímenes, á la pena «de privación de todo beneficio, oficio y ejercicio de orden y á la degradación, mandando se procediese á esta real y solemnemente por el

obispo de Oaxaca, y ejecutada que fuese, comisionaron al provisor para que dejase al reo á disposición de la potestad secular nombrada al efecto por el virrey, haciendo á éste la súplica que prescribe el pontifical romano, contenida en la representación que con tal fin le sería entregada;» de todo lo cual dió el arzobispo conocimiento al virrey, quedando así el proceso fenecido en cuanto á la jurisdicción eclesiástica, en los tres días fijados por el mismo virrey, y cumplidas en esta parte sus disposiciones.

La Inquisición, que había procedido también á formar causa contra Morelos, pidió al virrey demorase por cuatro días la ejecución de esta sentencia, y con dictamen de una junta que celebró de todos sus teólogos consultores, á la que asistió el comisionado del obispado de Michoacán, habiendo habilitado para actuar el domingo 26, concluyó sus procedimientos en el término señalado, y citó á auto público de fe para el lunes inmediato. Congregáronse, para celebrarlo, á las ocho de la mañana en el salon principal del tribunal,¹ los dos inquisidores que componían entonces éste, Flores y Monteagudo, con el fiscal Tirado y todos los ministros subalternos; los dos consultores togados, el provisor del arzobispado, como ordinario y delegado de la mitra de Michoacán y una multitud de personas de las más distinguidas de la capital en número de más de trescientas, que fueron cuantas pudieron aco-

¹ Este salón, cuando se extinguió la Inquisición la primera vez, sirvió, como se ha dicho en esta historia, para hacer en él los sorteos de la lotería. Después de la independencia estuvo destinado á las sesiones del congreso del Estado de México, y ahora es capilla del seminario conciliar. Nunca he entrado en este salón, con los diversos motivos que se me han ofrecido, sin que la imaginación me represente vivamente toda esta escena, que me parece tener ante los ojos. Toda la relación de esta ceremonia, está tomada de los apuntes manuscritos del Dr. Arechederreta, que asistió á ella.

modarse en los asientos, quedando fuera otras muchas, á las que la ansia de ver alguna cosa, hacia apiñarse en tropel á la puerta de la sala: ésta, la de la calle y el patio del edificio, estaban custodiados por dos compañías de infantería. Colocados todos por orden en sus respectivos lugares, los alcaides y secretarios del tribunal sacaron á Morelos de la cárcel secreta por la puerta interior que comunica con el salón, estando vestido con una ropilla ó sotana corta hasta la rodilla, sin cuello y descubierta la cabeza en señal de penitente.

Un murmullo general manifestó la curiosidad impaciente de la concurrencia: restablecido el silencio y puesto Morelos frente al dosel del tribunal en un banquillo sin respaldo, uno de los secretarios dió principio á la lectura del proceso, reducido á la confesión con cargos.¹ Estos fueron veintitrés, repitiendo casi los mismos que ya se le habían hecho por los comisionados de la jurisdicción unida, á los que se agregaron los que aquel tribunal consideró de su competencia especial, y que inducían sospechas de herejía, tales como haber comulgado, estando impedido por las excomuniones en que estaba incurso; no rezar el oficio divino ni aun en la prisión; haber tenido una conducta relajada, y haber mandado á un hijo suyo á los Estados Unidos para que se educase en los principios de los protestantes; á todo lo cual satisfizo victoriosamente contestando: que si había recibido los santos sacramentos, era porque no consideraba válidas las excomuniones en que se pretendía había incurrido; que en la prisión no podía rezar el oficio divino, por no haber bastante luz en el calabozo en que estaba; que si su conducta había sido relajada, había pro-

curado que por lo menos no fuera escandalosa, y que los hijos que tenía no se sabía en el público que lo fuesen; y por último, que muy lejos de querer que el que había mandado á Nueva Orleans se formase según las doctrinas de la reforma, había recomendado que se le pusiese en un colegio en el que no corriese ese riesgo, ya que no podía ponerlo en ninguno del reino. Sin embargo, el tribunal falló, de conformidad con lo pedido por el fiscal, «que el presbítero Don José María Morelos era hereje formal negativo, fautor de herejes, perseguidor y perturbador de la jerarquía eclesiástica, profanador de los santos sacramentos, traidor á Dios, al rey y al Papa, y como á tal lo declaró irregular para siempre, depuesto de todo oficio y beneficio, y lo condenó á que asistiera á su auto en traje de penitente, con sotanilla sin cuello y vela verde; á que hiciera confesión general y tomara ejercicios, y para el caso inesperado y remotísimo de que se le perdonara la vida, á una reclusión, para todo el resto de ella, en Africa, á disposición del inquisidor general, con obligación de rezar todos los viernes del año los salmos penitenciales y el rosario de la Virgen, fijándose en la iglesia catedral de México un sambenito, como á hereje formal reconciliado.» Luego que se terminó la lectura de la causa, el inquisidor decano hizo que el reo abjurase sus errores é hiciese la protesta de la fe, procediendo á la reconciliación, en la que se observó todo el ceremonial de la Iglesia, recibiendo el reo de rodillas azotes con varas, que se le dieron por los ministros del tribunal durante el rezo del Salmo «Miserere,» y, en seguida, continuó la misa rezada, con asistencia del mismo reo.

Acabada ésta, se siguió la ceremonia de la degradación, para la cual el obispo de Oaxaca aguardaba revestido de pontifical, en la capilla que está á los pies de la sala

¹ Bustamante ha publicado estos cargos y las respuestas á ellos de Morelos, en el tomo 3.º del Cuadro histórico fol. 225.

del tribunal. Morelos tuvo que atravesar toda ésta de uno á otro extremo, con el vestido ridículo que le habían puesto y con una vela verde en la mano, acompañado por algunos familiares del Santo Oficio: el concurso numeroso, más ansioso cada vez de verlo de cerca, se levantó sobre las bancas al pasar por el espacio que entre ellas se había dejado; Morelos, con los ojos bajos, aspecto decoroso y paso mesurado, se dirigió al altar: allí, después de leída públicamente por un secretario la sentencia de la junta conciliar, se le revistió con los ornamentos sacerdotales, y puesto de rodillas delante del obispo, ejecutó éste la degradación por todos los órdenes, según el ceremonial de la Iglesia. Todos estaban conmovidos con esta ceremonia imponente; el obispo se deshacía en llanto; sólo Morelos, con una fortaleza tan fuera del orden común, que algunos la calificaron de insensibilidad, se mantuvo sereno, su semblante no se inmutó, y únicamente en el acto de la degradación se le vió dejar caer alguna lágrima. Esta era la primera vez, desde la conquista, que este terrible acto se verificaba en México. Cuando se hubo concluido, fué consignado el reo á la autoridad secular, encargándose de su persona, por comisión del virrey, el coronel Concha; el mayor de plaza, D. José de Mendivil, y el capitán, D. Alejandro de Arana; nombrado este último para las actuaciones subsecuentes, quienes, en aquella misma noche, lo trasladaron á la Ciudadela, escoltándolo una compañía del provincial de infantería de Tlaxcala, que fué el cuerpo que hizo con Concha toda esta campaña, desde el valle de Toluca, hasta la prisión de Morelos y su conducción á la capital.¹ Doscientos hombres del

1 Este cuerpo estaba en Toluca, con motivo de haber sido comandante de aquel distrito su coronel D. Lorenzo de Angulo Guardamino: el cuerpo quedó en aquel valle, aunque Guarda-

mismo se acuartelaron en la Ciudadela, sin más objeto que la custodia del preso, remudándose de ellos la fuerte guardia que se le puso.

Aunque no se hubiese de formar causa por la jurisdicción militar, pues como hemos visto, hablando del oficio con que el virrey consignó el reo á la unida, tenía ya resuelta la pena á que éste había de ser condenado, creyéndose para ello facultado por el bando de 24 de Junio de 1812, como lo dijo el arzobispo; se procedió, sin embargo, á tomarle una declaración informativa, según un interrogatorio prescrito por el virrey, sin otro objeto, que dar al gobierno conocimiento de cuanto pudiera conducir á sus miras. Estas diligencias, para las que fué comisionado especialmente Concha y el secretario Arana, se practicaron desde el 22 de Noviembre al 1.º de Diciembre, y ellas produjeron la instrucción más completa que puede desearse, sobre todos los sucesos en que Morelos intervino desde que tomó parte en la revolución, hasta su prisión, y es la misma de que tan frecuentemente se ha hecho uso en esta historia. En ella á nadie comprometió, pues preguntado con instancia acerca de las personas que desde México y otros puntos le daban noticias y le procuraban auxilios, negó tener relaciones algunas de esta especie, y sosteniendo el principio de no haber hecho la guerra al rey, terminó su última declaración, advirtiendo: «que el haber dicho varias veces las «tropas del rey,» no había sido más que por distinguir las de las «suyas, pero que á aquellas siempre les había dado el nombre del gobierno de México,» que era al que había hecho la guerra por considerarlo dirigido

mino se retiró del mando, sucediéndole D. Nicolás Gutiérrez. Con la entrega del reo á la jurisdicción militar, termina el cuaderno primero de la causa: lo que sigue, forma el contenido del segundo.

por las Cortes y no por el rey.» Algunos días después (20 de Diciembre), se le tomó otra declaración, sobre algunas personas que se decía haber sido enviadas de México para envenenarlo, y avisos que de la misma ciudad se le habían dado para que se precaviese, y antes se le había hecho dar por la jurisdicción unida (26 de Noviembre), una relación completa del estado de la revolución, en la que expuso la fuerza con que ésta contaba, su distribución en las diversas provincias, jefes que las mandaban, y armas que tenían. En la calificación que hizo de la importancia de cada uno de los jefes, no sólo por las fuerzas de que podían disponer, sino por su capacidad é influjo, se echa de ver el profundo conocimiento que de ellos tenía, y el acierto con que había penetrado su respectiva aptitud: dió entre todos el primer lugar á D. Manuel Terán, por su talento y conocimientos matemáticos; juzgó digno del segundo á D. Ramón Rayón; dijo de D. Nicolás Bravo, que disfrutaba de mucho séquito en la costa del Sur por su valor, y de Osorno, que aunque no tenía talento y todos lo dominaban, era temible porque mandaba una división de mil hombres armados de fusil, pudiendo reunir muchos más con armas blancas, cuando tenía que hacer alguna expedición. Por último, ofreció: «que si se le daban avíos de escribir, formaría un plan de las medidas que el gobierno debía tomar para pacificarlo todo, y en especial la costa del Sur, y la Tierracaliente,» el cual desarrolló en las declaraciones informativas que Concha le tomó. Esto, como se ha dicho, y el ofrecer influir sobre los jefes que quedaban en la revolución, escribiéndoles para terminarla si se le concedía la vida, son los únicos actos de debilidad en que incurrió en su proceso.

Morelos había estado en la Inquisición libre de prisiones, encargado á la vigilan-

cia del alcaide de las cárceles secretas, D. Esteban de Parra y Campillo, á quien se le recomendó cuidase de evitar el suicidio que Concha indicó podría cometer el reo, por medio de veneno que presumía tener oculto; además, había una fuerte guardia con oficial de confianza; aunque los inquisidores no permitieron que ésta pasase del patio exterior. Trasladado á la Ciudadela, se le volvieron á poner los grillos, teniendo, además, centinelas de vista: su guarda estuvo á cargo del coronel Concha, y habiendo tenido éste que salir á una expedición por algunos días, al del coronel de Zamora, D. Rafael Bracho, hasta el regreso de Concha.¹ La curiosidad de conocerlo era grande en toda clase de personas, que procuraban introducirse en la prisión por medio de los oficiales encargados de su custodia, sin dejarle tiempo de descanso, y aun hubo quien le dijese palabras insultantes, como había sucedido también en el camino desde Tepecoacuilco, hasta que se dió orden para que á nadie se le permitiese entrar.

El virrey, á instancias del arzobispo electo, le concedió el tiempo necesario para hacer unos ejercicios espirituales en la capilla que se formó en la pieza de su prisión, dirigiéndolo en ellos el Dr. Don José Francisco Guerra, cura de la Parroquia de San Pablo.²

El virrey, considerando al presbítero Morales, capellán que había sido del congreso, en el mismo caso que Morelos con

1 Por todas las medidas tomadas para la seguridad de Morelos, se echa de ver qué poco verosímil era Bustamante, acerca de la evasión que dice le propuso el médico D. Francisco Montes de Oca, que por conducto, según estoy informado ser falso: lo es también que en la inquisición entrase alguno á verle, pues en aquellas cárceles nadie entraba.

2 Fué diputado en las Cortes de Madrid en 1824, y posteriormente en el congreso del Estado de México. Falleció siendo canónigo de México.

quien fué aprehendido, había prevenido al arzobispo se procediese á su degradación, para que sufriese la pena capital al mismo tiempo que aquél; pero el prelado juzgó que no intervenían las mismas razones para proceder con tanta precipitación. La circunstancia de haberlo cogido con Morelos, le salvó la vida, pues la celebridad de éste hizo que se fijase en él toda la atención del gobierno y del público, dejando á Morales en olvido. Tomósele una declaración instructiva por la jurisdicción unida, sobre el estado de la revolución y administración eclesiástica en los países ocupados por los insurgentes, que contiene muchos hechos curiosos, especialmente sobre la prisión de Atijo. Morelos, á quien también se tomó declaración por Concha acerca de este eclesiástico, dió un informe muy poco ventajoso; pero, acaso, por esto mismo le fué favorable, haciendo conocer cuán insignificante era.

Había pedido el auditor Bataller, desde 28 de Noviembre, la pena capital y confiscación de bienes; debiendo ser el reo fusilado por la espalda como traidor al rey, amputándosele la cabeza para que en una jaula de fierro quedase expuesta en la plaza de México, y la mano derecha que había de fijarse en la de Oaxaca. El virrey difirió proceder á la sentencia, porque, según en ella dijo, «esperaba ver si la prisión del caudillo principal, hacía que, por salvarle la vida, se presentasen al indulto los que andaban hostilizando en las diversas provincias del reino; pero no habiéndolo hecho ninguno, sino que, por el contrario, continuaban la guerra con mayor empeño: desestimando las propuestas de Morelos de escribir á los jefes para reducirlos á desistir de sus intentos, las que consideró como un mero efecto de su deseo de conservar la vida, sin garantía ninguna del éxito, estando probada la inutilidad de este medio en diversos casos ante-

riores: en 20 de Diciembre, conformándose con el dictamen del auditor, condenó á la pena capital á D. José María Morelos; pero en consideración á lo que en su favor había representado el arzobispo y junta conciliar en nombre de todo el clero, por respeto al carácter sacerdotal, dispuso que la ejecución se verificase fuera de la capital, enterrándose el cadáver inmediatamente, sin amputación de miembro alguno; y para manifestar su deseo de ahorrar la efusión de sangre, por el único medio correspondiente á la dignidad del gobierno, mandó publicar un nuevo indulto sin restricción alguna, ni aun de dar fianza como hasta entonces se había exigido, ni entregar los caballos; ofreciendo recompensar á los que quisiesen cooperar á la pacificación del reino, sirviendo en clase de voluntarios en las tropas reales.»¹

El 21, por la mañana, Concha intimó la sentencia á Morelos, haciendo, según el uso de los tribunales, que se pusiese de rodillas para oír la lectura que de ella se hizo. Concluida ésta y vuelto á su asiento, Concha le hizo saber que dentro de tercero día sería ejecutada aquélla, y mandó se le diese papel por si quería escribir alguna retractación ó exhortación, como lo habían hecho Hidalgo y Matamoros. Fueron llamados entonces el cura Guerra y otros eclesiásticos, para disponerlo á morir, aunque ya lo estaba desde que había tomado ejercicios: una retractación que, con su firma, se publicó por el gobierno después de la ejecución, con fecha 10 de Diciembre, no hay apariencia alguna de que fuese suya, pues es enteramente ajena de su estilo, y no es tampoco probable que la firmase habiendo sido redactada por otro, pues no se hace mención alguna de ella en la causa. Aunque se le dijo que la ejecución se verificaría dentro de tres

¹ Gaceta de 26 de Diciembre, número 840, folio 1,402.

días,¹ el siguiente, 22, á las seis de la mañana, Concha lo hizo poner en un coche con el P. Zalazar y un oficial, escoltándolo la división de su mando, y tomaron el camino del santuario de Guadalupe.

Morelos iba rezando diversas oraciones, y en especial los salmos «Miserere y De profundis,» que sabia de memoria, y su fervor se encendía á cada plazuela que atravesaban de las varias que hay en el tránsito, creyendo que en alguna de ellas iba á ejecutarse la sentencia, y manifestaba mucho deseo de padecer en este mundo, temeroso de las penas del purgatorio, aunque confiaba en la misericordia de Dios, que sus pecados habían sido perdonados.

Al llegar á Guadalupe, quiso ponerse de rodillas, lo que hizo no obstante el estorbo de los grillos, y habiéndose detenido el coche cerca de la capilla del Pozito, Morelos dijo con serenidad al P. Salazar: «aquí me van á sacar, vamos á morir:» no era aquel, sin embargo, el lugar destinado al intento, y habiendo tomado allí algún desayuno, continuó hasta el llamado palacio de San Cristóbal Ecatepec, construido tiempos atrás por el consulado de México para el recibimiento que allí se hacía de los virreyes, el que entonces estaba enteramente desmantelado y sirviendo de punto militar.

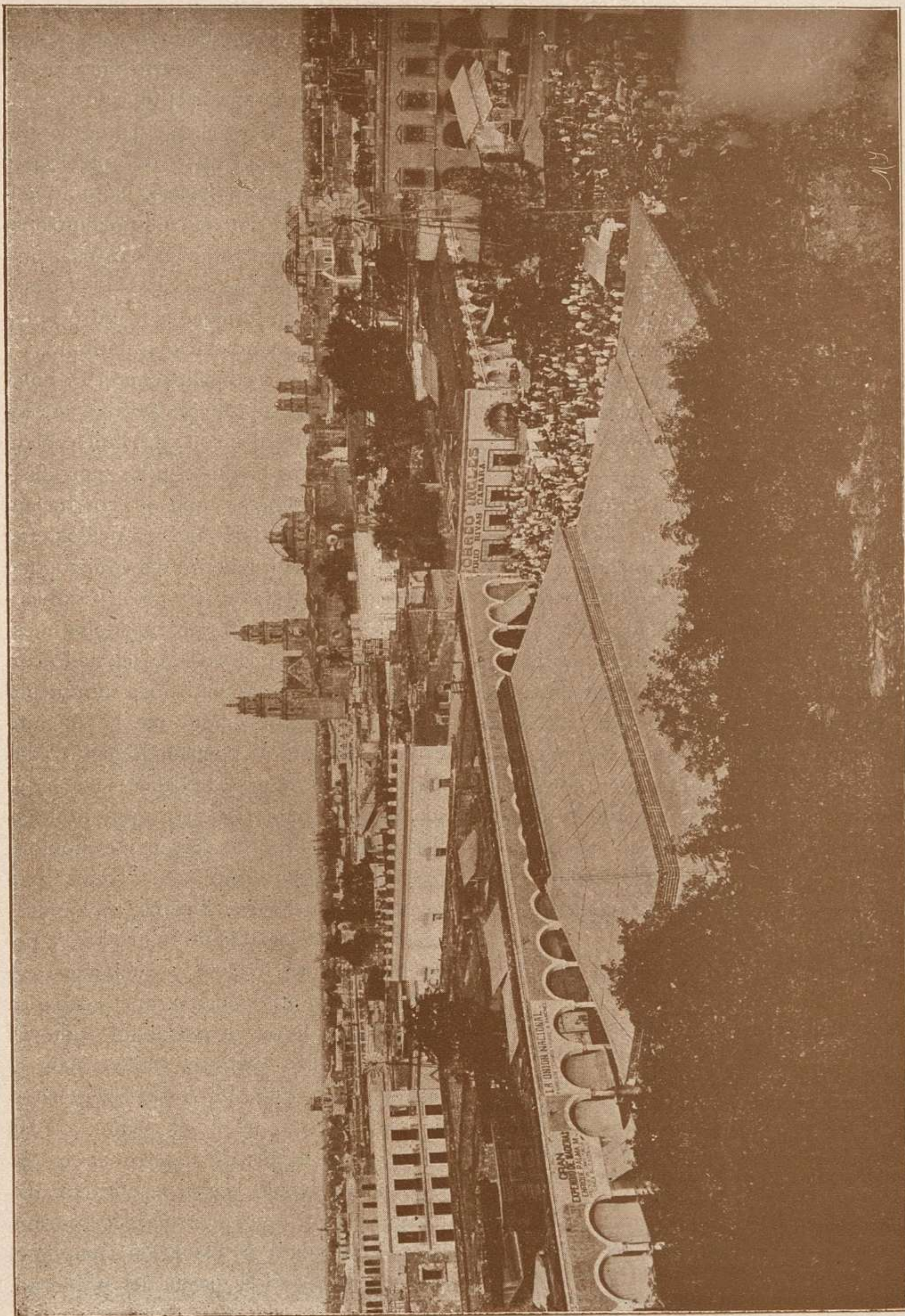
El comandante de la guarnición no te-

1 Todo lo concerniente á la ejecución de Morelos, lo he tomado de los apuntes del P. Zalazar. Bustamante ha publicado una relación muy diferente, fundada en lo que le refirió un oficial pariente suyo, que no estuvo presente, sino que lo oyó decir á otros, y en que hay cosas muy inverosímiles; como la buena comida que cuenta tenerle prevenida Concha. En cuanto á la retractación, el P. Zalazar refiere, que los eclesiásticos que acompañaron á Morelos en la capilla, pidieron papel y tintero; pero el mismo religioso cree que no hubo tiempo para que escribiese cosa alguna, y además esto fúé el día 21, y la retractación publicada en la gaceta de 26 tiene fecha del 10, con una adición del 11.

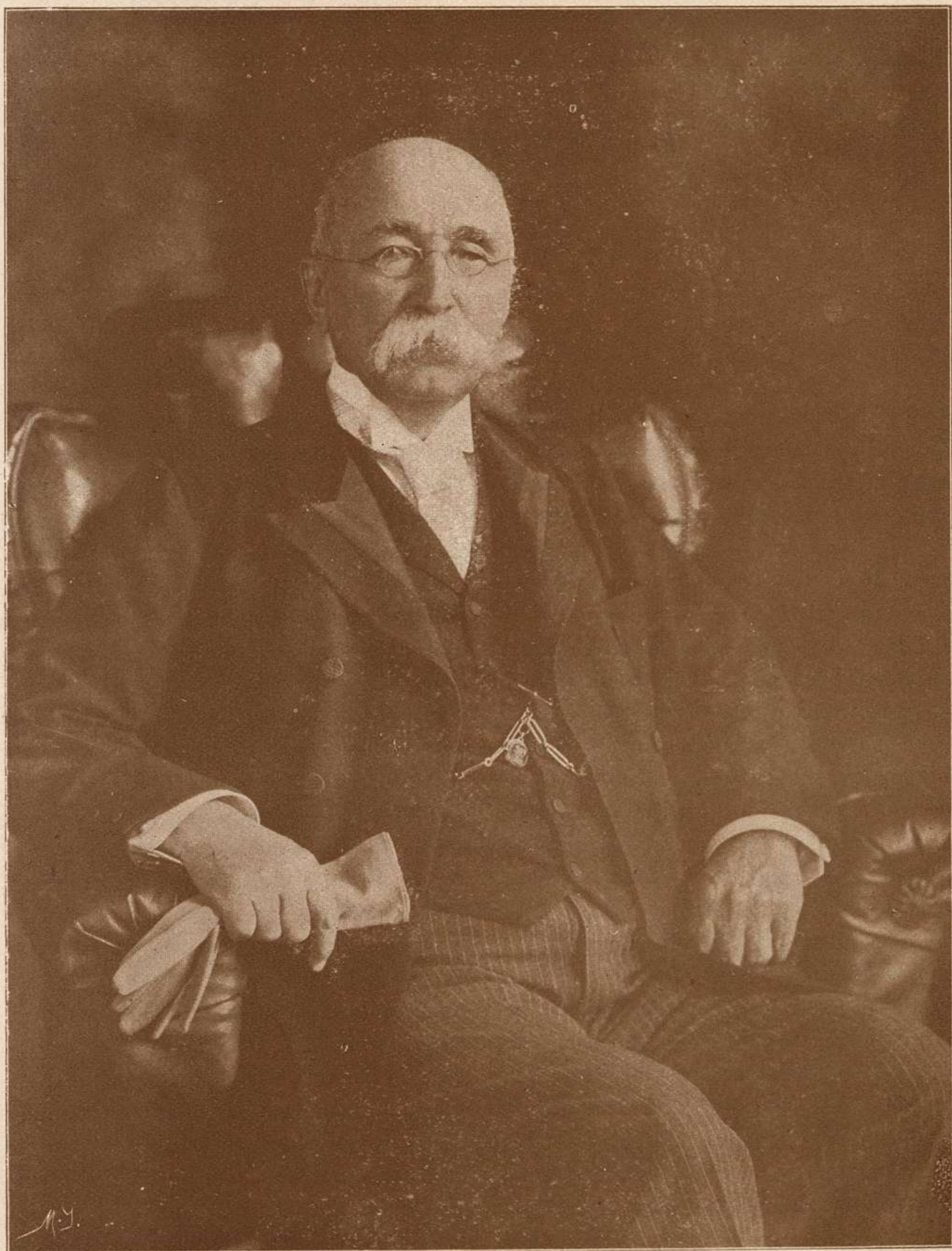
nia prevención alguna para el recibimiento de tales huéspedes; y así, Morelos fué alojado en un cuarto lleno de paja, mientras se disponía lo necesario para la ejecución; allí tomó una taza de caldo, y habiéndole dicho Concha que había mandado venir al cura y vicario del pueblo por si necesitase de su ministerio, sólo lo admitió para rezar con ellos los salmos penitenciales: no había concluido éstos, cuando se oyó el ruido de las cajas de la tropa que se ponía en formación, y entró la escolta que debía conducirle al patíbulo.

Entonces se reconcilió con el P. Salazar, se quitó el capote que llevaba, se vendó él mismo los ojos con un pañuelo blanco, y atados los brazos con los portafusiles de dos soldados que lo conducían, arrastrando con dificultad los grillos, fué llevado al recinto exterior del edificio, que forma una especie de parapeto, y habiendo oído que el oficial que mandaba la escolta, haciendo una señal en el suelo con la espada, dijo á los soldados: «hinquenlo aquí,»² preguntó: «¿aquí me he de hincar?» y habiéndole contestado el P. Salazar, «sí, aquí: haga usted cuenta que aquí fué nuestra redención,» se puso de rodillas: dióse la voz de fuego; y el hombre más extraordinario que había producido la revolución en Nueva España, cayó atravesado por la espalda de cuatro balas; pero moviéndose todavía y quejándose, se le dispararon otras cuatro, que acabaron de extinguir lo que le quedaba de vida. El P. Salazar hizo vestir el cadáver con el mismo capote que Morelos se había quitado para el acto de la ejecución, y á las cuatro de la tarde se le enterró en la parroquia del pueblo, según certificación dada por el cura, que con todos los pormenores relativos á la ejecución, mandó el virrey insertar en la gaceta del gobierno.

2 En el lenguaje común de México, «hincar,» usado como recíproco, significa «ponerse de rodillas.»



Vista panorámica de Mérida de Yucatán.



Lic. Don Olegario Molina, Gobernador del Estado de Yucatán.

YUCATÁN

Con una frecuencia que pregoná la energía y la solidez de su progreso, vienen periódicamente de Yucatán á la Metrópoli, buenas nuevas, cuya grata resonancia se incorpora al sonoro himno de trabajo y de fuerza, que felizmente exhala la Patria toda. . . . Ya es un informe gubernamental que con la inexorable fuerza del guarismo relata la eficacia de la acción oficial en el desarrollo de la península, ya es la constancia de que la iniciativa privada es toda actividad y adelanto, ya es la perfección de un invento aplicado á la preponderante industria regional del henequén, ya el brillante eco de una suntuosa fiesta social, ya una simpática nota de «sport,» ya la llegada de un interesante periódico ó de un bello libro de versos hermosamente impreso! Como se ve, en todas las esferas de la actividad y de la cultura, Yucatán da notas elocuentísimas. Con esa documentación, el proceso intentado á Yucatán por el pensador y el analista, se resolvería en un laudo de honor y de confianza tributado á esa península mexicana. Los fenómenos de diversos órdenes resultan en alto grado prestigiosos. Una simple ojeada á las sumas de la exportación del henequén y á su cotización en los mercados, tranquilizarían al economista sobre la fuerza material de la

región y su inagotable riqueza. Ante la noticia de un perfeccionamiento operado por un yucateco á una máquina desfibradora, veríamos que la inteligencia del industrial está allí alerta y dispuesta á aprovechar fecundamente los dones inapreciables de la naturaleza. La nota de «sport,» el relato de una partida de «base ball,» ó de un triunfo en las regatas, denotarían elocuentemente el espíritu vigoroso y las nobles y viriles actividades de una juventud impulsada y guiada en sus levantados propósitos, por un gobierno que, preocupándose hondamente de la educación intelectual, comprende que la base de ella, es la educación física, y que los ejercicios atléticos son más moralizadores que una librería de Ética, y están en razón inversa del alcoholismo y otros vicios propios de una juventud ociosa y enervada.

La crónica de una fiesta, los ecos de uno de esos carnavales, que por la suntuosidad y el júbilo unánime que preside á ellos, parecen celebrarse en la vieja Venecia ó en la moderna Niza, tienen por fuerza que revelar al sociólogo, tres cosas que son tres grandes dones: un estado social, tranquilo y lleno de bienestar; un singular espíritu de arte y buen gusto, y un desahogo, una riqueza robusta, que tras de

atender á lo material y necesario, reboza aún para producir lo bello y lo superfluo. Ciego será el que no vea imprimirse en esos tres factores, el sello del gobierno local, sello que Don Olegario Molina, sabio como estadista, y culto como inteligencia superior, imprime en todos sus actos.

La robusta huella de esa personalidad se mira profunda y gratamente marcada en el último Informe Oficial del Estado de Yucatán. Tras de una estudiosa peregrinación á través de ese interesante documento, ha quedado en nuestro ánimo la convicción de que bajo el honrado y patriótico gobierno del Sr. Molina, no sólo se engrandece Yucatán, sino que su engrandecimiento tiene admirables caracteres de rapidez y de solidez definitiva.

La salubridad pública que antes aislaba á Yucatán y reservaba sus recursos y sus bellezas para los privilegiados que nacían en su suelo, y eran inmunes para las epidemias reinantes, es uno de los problemas brillantemente resueltos. Hoy, no sólo se ha abatido el por ciento de mortalidad en Mérida, sino que, merced á las salvadoras obras del saneamiento é higiene urbana, de la fiebre amarilla no queda para el forastero, más que una leyenda que recula en el pasado. . . .

De gran magnitud han sido las obras de desagüe, drenaje, embanquetado y pavimentación con asfalto, hechas en la ciudad, que hoy resulta grandemente urbanizada y digna de ofrecer en sus vías públicas un digno teatro para sus famosos festivales.

Según el mismo Informe, el corte de caja cerrado el año próximo pasado, arrojó un sobrante de \$ 807,272.25, después de descontar depósitos equivalentes, á más de un cuarto de millón de pesos. Este hecho, enunciado así simplemente, se prestaría á vastas y honrosas inferencias de atin-

gencia gubernamental y de moralidad administrativa.

Llegamos á tocar un punto que honra grandemente al Estado y á su ilustrado Jefe: la Educación Pública. Yucatán puede vanagloriarse de ser quien con más propiedad haya construido edificios exclusivamente destinados para escuelas públicas, que realizan todas las previsiones y exigencias de la moderna pedagogía y que pueden servir como modelos de higiene escolar, estando situados, iluminados y aereados, según los intransigentes preceptos de la moderna ciencia. Dejando así satisfechas las necesidades materiales, el Señor Molina se ha preocupado de las morales, creando una condecoración especial, algo así como un «ruban» de la Legión de Honor, y que será un estímulo y un premio para los estudiantes que logren distinguirse en sus cursos.

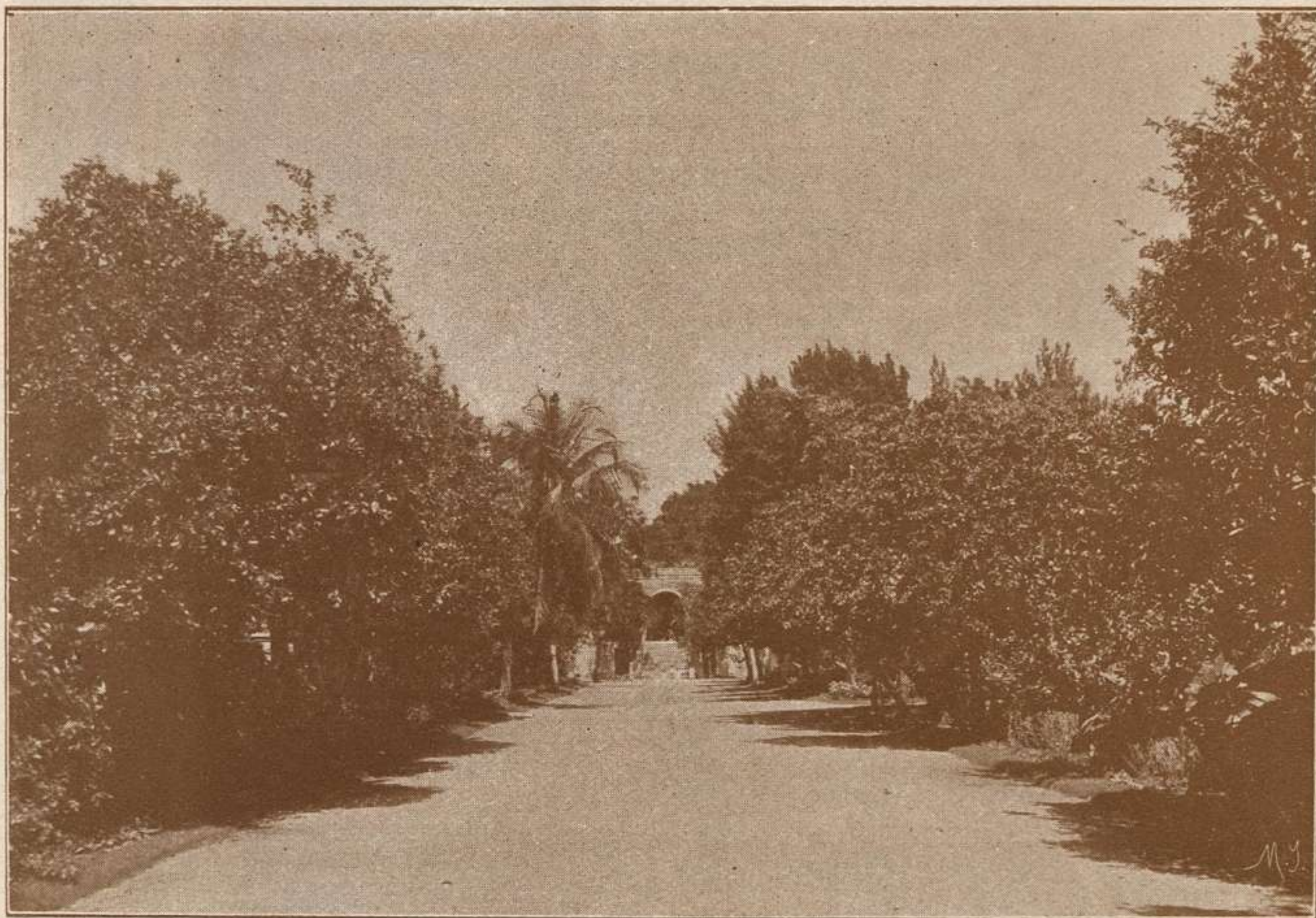
En el transcurso de tres años, se ha duplicado el presupuesto para la Educación Pública; ¿no es este un hecho que asegura firmemente la futura grandeza del ya rico y culto Estado? La industria que consagra todas sus fuerzas al henequén, no olvida otras fuentes menores de riqueza. La industria azucarera; el corte de maderas preciosas y de tinte; la explotación de las carboneras fósiles, salinas y yacimientos de ocre; las pesquerías de carey, nácar y coral, son atendidas por el espíritu activo y progresista de los hijos del Estado. Así en el vasto litoral, en las selvas donde se alzan el jabín, el tamay, el hule; donde junto á la aromosa vainilla crecen esas frutas deliciosas que se llaman la guanábana y el caimito; donde aletean los faisanes y corren los venados; de donde periódicamente emergen esos monumentos portentosos de la vieja civilización maya, que estudian los Plongeon, los Maller, los Seler, á litorales y selvas llega el efluvio civilizador

que irradia de los centros de población y que genera con su idoneidad de celoso gobernante, con su clara y recta inteligencia, con su franco espíritu de progreso y su robusto patriotismo, el actual gobernador de Yucatán.

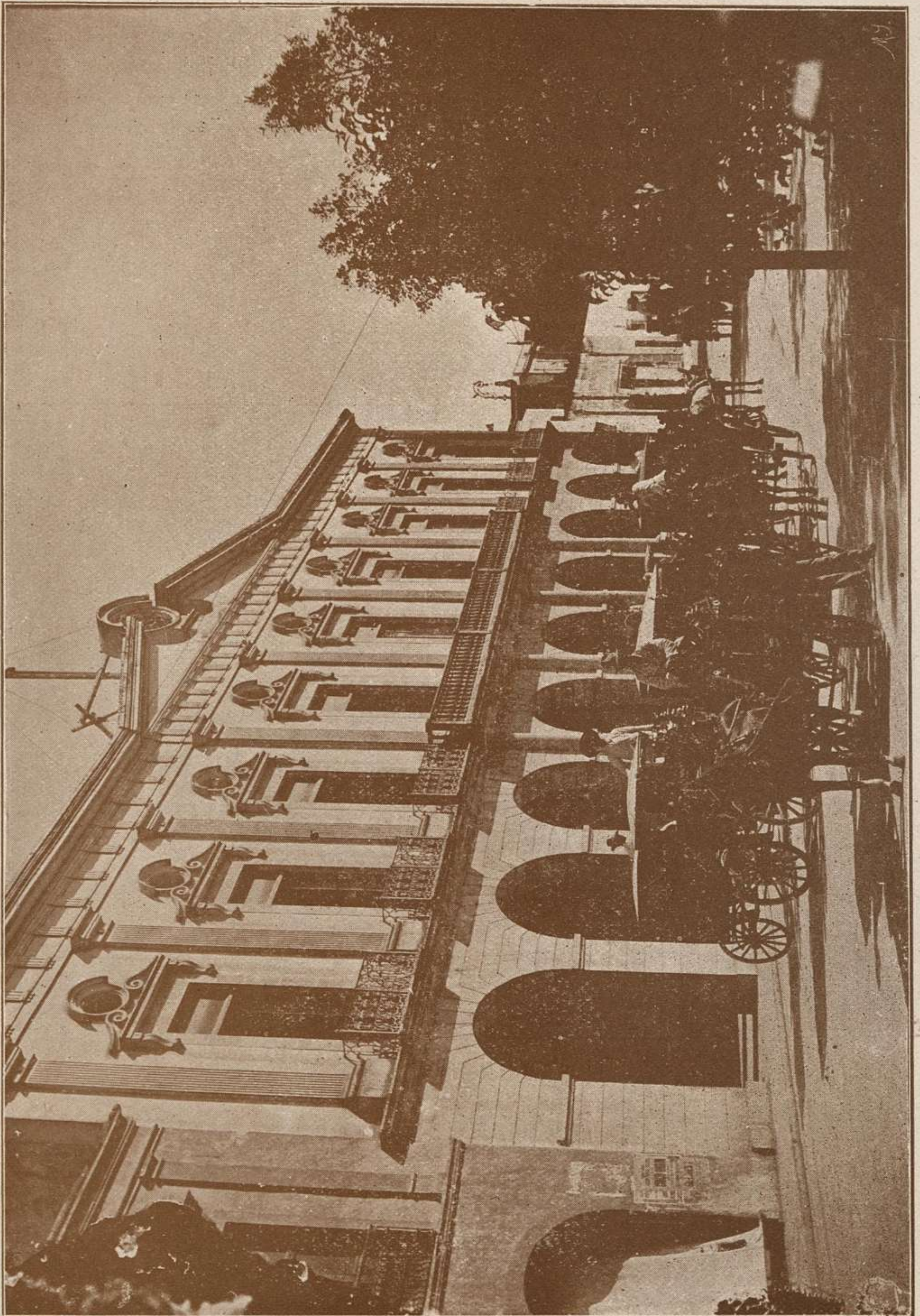
Por algo Don Olegario Molina es querido por todos y entre todos popular. Ca-

riño unánime, popularidad. . . . ¿qué son sino un algo que confirma méritos y que sanciona virtudes y que entre todos los que á ella tienden, no logran sino los raros elegidos, los espíritus superiores que han consumado la magna tarea de comprender y realizar las aspiraciones de un pueblo?

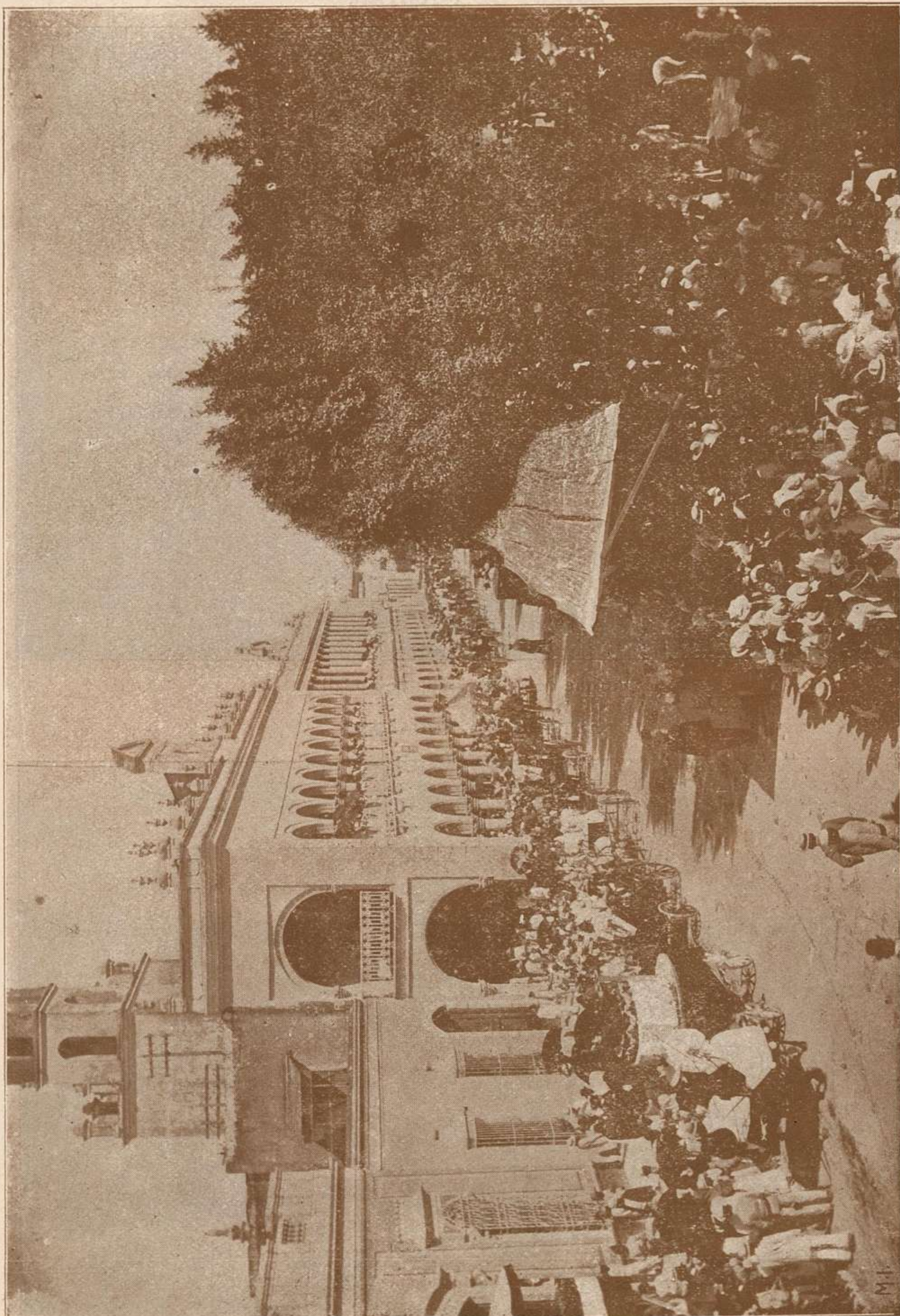
ESTADO DE YUCATÁN.



Entrada á la Hacienda de Sodzil.

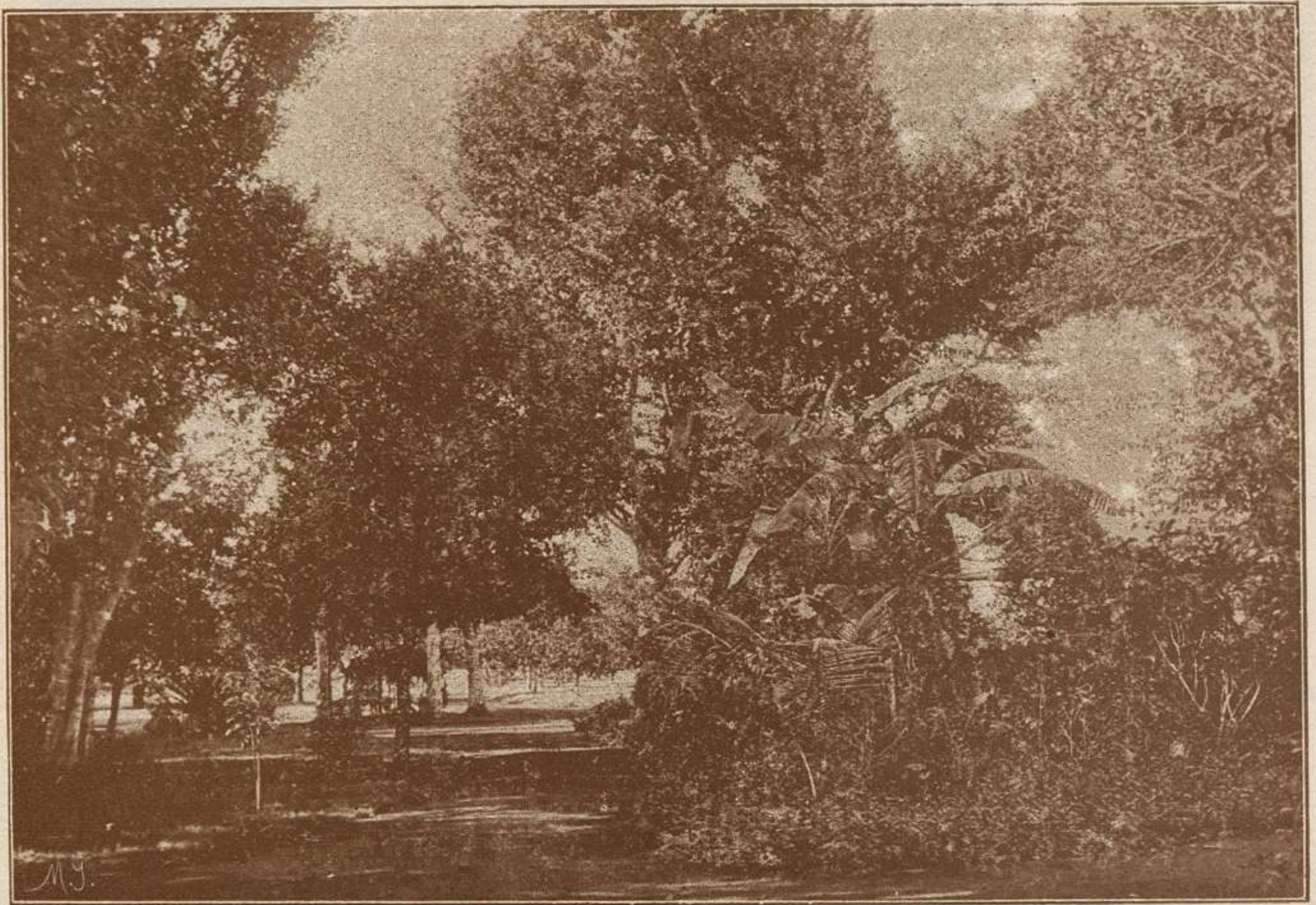


Palacio del Poder Ejecutivo.—Mérida.—Yucatán.



Palacio del Ayuntamiento. — Mérida. — Yucatán.

ESTADO DE YUCATÁN.



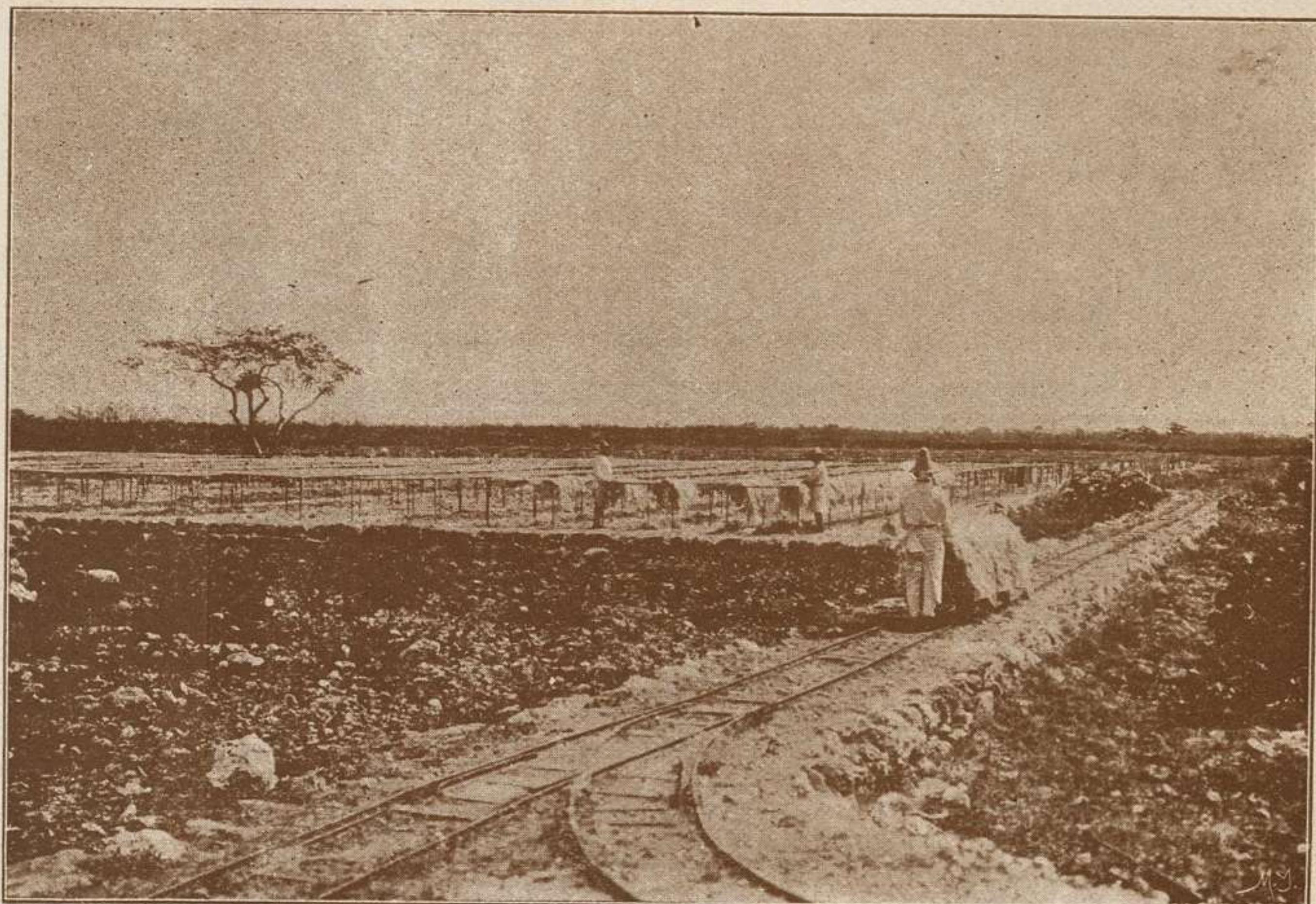
Parque de la Hacienda de Sodzil.

ESTADO DE YUCATÁN.



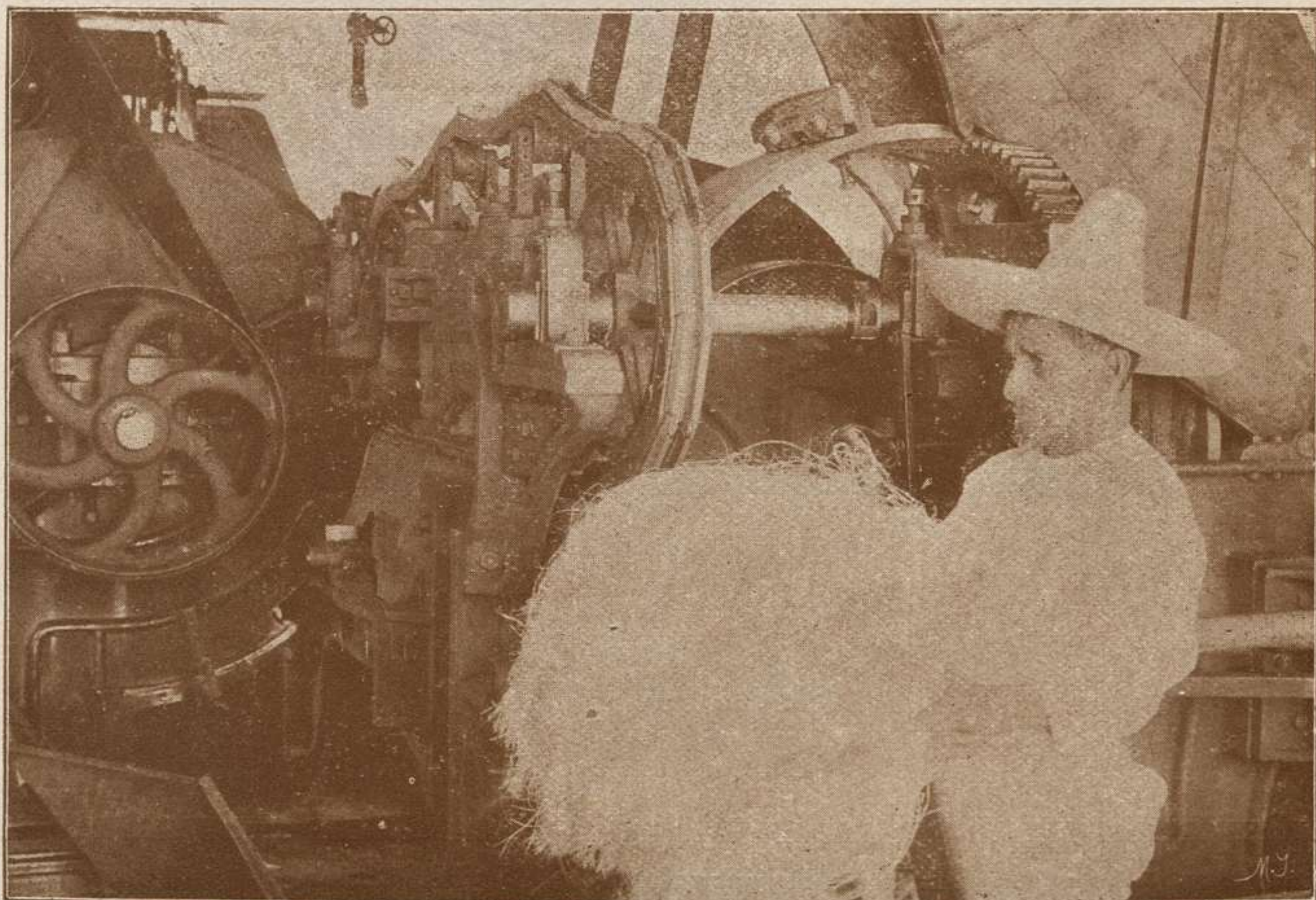
Henequén en estado de explotación.

ESTADO DE YUCATÁN.



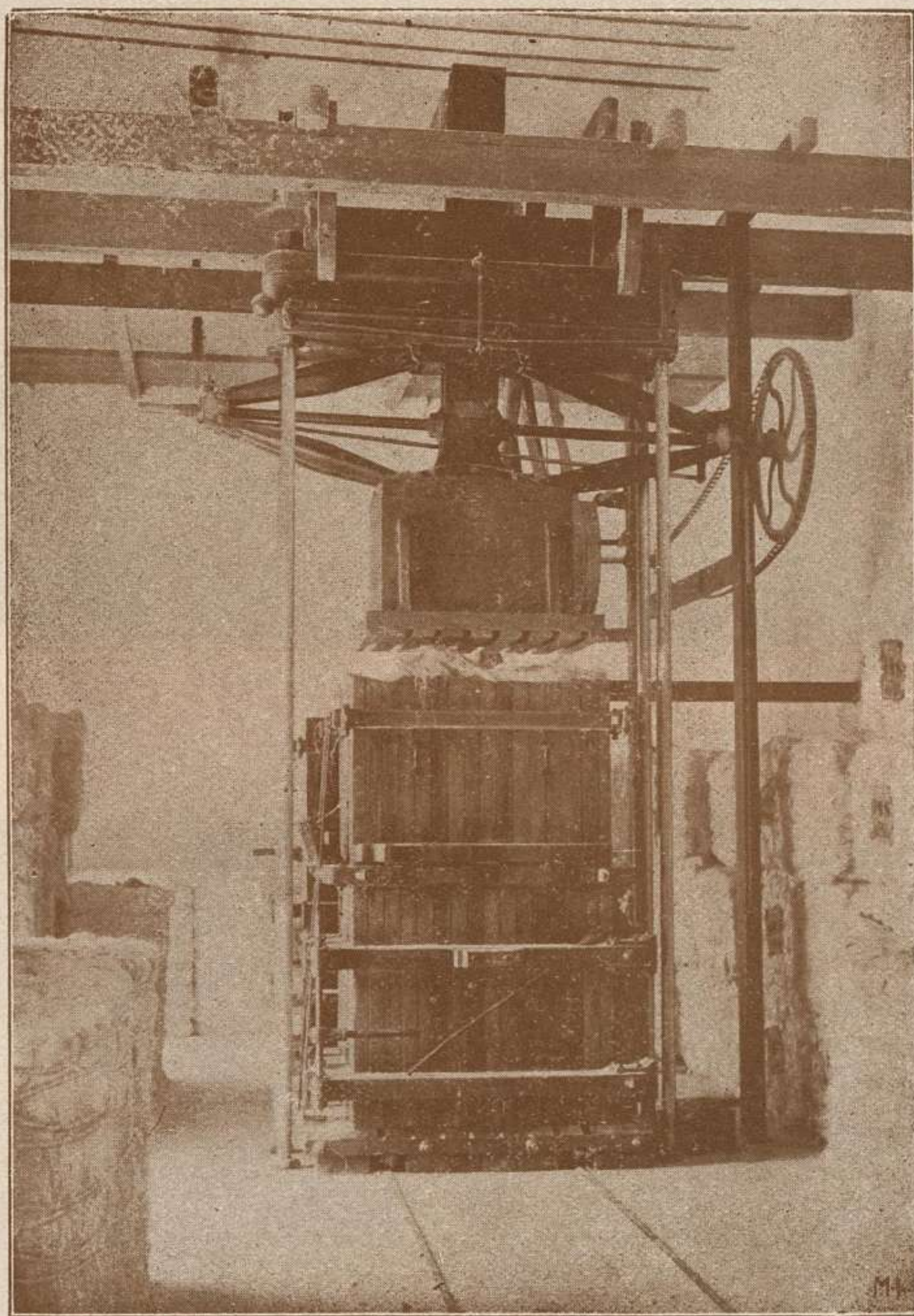
Secadero de Henequén.

ESTADO DE YUCATÁN.



Recibiendo el henequén al salir de la máquina.

ESTADO DE YUCATÁN.



Prensa para empacar henequén.



SANTIAGO ARGÜELLO.

EL MARTIRIO DE SANTA ÁGUEDA

Para la Sra. Emilia Pardo Bazán:
nobleza de sangre y de talento.

I

EL CAMINANTE

—Dime, siciliana, ¿qué hay en tus ojuelos,
que á los transeúntes ni siquiera ven?
¿Bajo tu pestaña se adurmió un crepúsculo,
y hay mil golondrinas de ensueño volando tal vez?..

Dime, siciliana, ¿qué hay en esa boca,
que tan muda está?

¿El gorrión del beso se te fué, eglantina,
en busca de lirios azules quizás?

¿Es que en tu corola sus nerviosas alas,
el gorrión del beso, nunca temblará?

¿Por qué doblas el cuello, azucena?

¿Por qué, triste, te quedas ahí?

¿Es que te deleita la tiniebla, acaso,
y el amor esquivas de tu amado Abril?

II

LA HERMANA MELANCÓLICA.

Siéntate, hermano, y escucha
por qué hay un velo en mi faz,
por qué se nublan mis ojos,
mi cuello doblado está,
y en una distante ruta
la noche vine á encontrar.

Águeda ¿Tú la conoces?
¿Que no? Si en Catania no hay
quien, ansiando el bien no venga
en sus ojos á buscar
el luminoso bautismo
de su pupila ideal!

Y, como es buena, es tan bella!
¿Cual yo? . . . No, no! . . . ¡mucho más!
Si rosas de Alejandría,
por verla vienen de allá,
y en sus labios entreabiertos
aprenden á reventar!

Si se extravían los ángeles
que con rumbo al cielo van,
al ver la luz que la envuelve
en un nimbo celestial!
Y allí los ángeles quedan,
en loco revolotear,
y ellos piensan que está el cielo
en donde la tierra está!

Y hoy . . . hermano, ¿sabes dónde
la podrías encontrar?
Mi gemela está en el antro
de una ergástula quizás.
Sudario negro, la envuelve
pavorosa oscuridad.
Y aguarda temblando, incierta,
el anuncio matinal
de que en la arena del circo
la fiera tiene hambre ya.

¿Y por qué? por haber visto
abierto el Olimpo, en que hay
un tálamo junto al trono
de la Suprema Deidad,
donde acuesta el sacro adúltero
su lascivia celestial.
Porque supo de Mercurio
los tragines de rufián;
porque vió á Dionisios, loco,
vino infame regoldar,
con la barba sucia y roja,
la pupila hecha un volcán,
y, en el belfo glutinoso,
como un hilo de cristal.
Porque vió el casco de Marte,
del seno sobre el coral

con que la madre de Adonis
hechiza á la humanidad.
Porque trocó los festines
por la oración y el danzar
de la aulétrida maldita,
de la bacante infernal,
por el murmullo armonioso
del rezo que, lento, va,
de las quietas catacumbas
en la tenue claridad,
como un enjambre de abejas
del misterioso panal,
que en un opaco murmurio
al alma sus mieles dan.
Porque ella el odio aborrece,
y anhela, en cambio, la paz;
porque dejó la impluviata
por el humilde sayal,
y piensa que es el perfume
aliento de Satanás.
Porque las púrpuras rojas
que en Tiro fabrica el Mal,
y el crótalo bullicioso,
que oscilando en el andar,
con el tin tin de sus perlas
tocando á lujuria va,
son para ella los heraldos
de la potencia infernal,
que al alma divina enturbian
su blanca virginidad.
Porque en los crespos abismos
do el mundo naufragará,
despreciando el remo de oro
y el sándalo y el coral,
ni asilo pidió á Cleopatra,
ni en Pafos quiso buscar

la cuna de algas marinas
que Venus meciendo está;
y en esta angustiosa noche,
—negro el cielo, ronco el mar—
á un leño en cruz abrazada,
va, en medio á la tempestad,
bajo la hiel de las ondas
y el clamor del huracán,
fija la vista en el éter,
viendo en los cielos temblar,
como una estrella lejana,
de la esperanza el fanal.

Verdugos! Su carne de ángel
Muy presto desgarrarán!
Y el ave, oculta en el nido,
su pecho mueve á piedad,
y en trinos borda el sollozo
de su congoja. ¿Qué más?
Si hasta el Etna, conmovido
de tanta ferocidad,
con sus entrañas de roca,
se puso anoche á temblar.

¡Oh Jesús! Los hombres malos,
como á ti, la matarán!
Y Horacio ¡su amor terreno!
cristiano también, se irá
por el desierto sin oasis
de su dolor! Y el afán
de sus almas, y el divino
sacrificio en el altar
de su pasión! Todo, todo,
la muerte sepultará!

Y en vez de la blanca seda
y de la blonda nupcial

y de los copos de espuma
 coronados de azahar;
 y, en vez del beso que trina
 como en la rama el turpial,
 la uña corva, el ojo ardiendo,
 filoso el diente y voraz;
 el pavor, que echa en la sangre
 como un témpano glacial;
 la fiera, que salta y ruge;
 la turba rugiendo más;
 y, sobre el cuerpo desnudo
 de la mártir, el mirar
 de mil pupilas que manchan
 su corola virginal;
 y las mil hambrientas lenguas
 que, en horrísono gritar,
 á un tiempo sangre y lujuria,
 al verla, pidiendo están!

III

LA CAUTIVA.

Es una sala inmensa, toda de gente llena
 que se divierte y bufa, de una togada hiena
 mirando, en el hartazgo, la cínica alegría
 y el diente empurpurado de sangre hasta la encía.

Cada sicario lleva ruda faz de vigilia.
 Decio impera en el Tíber, y Quinciano en Sicilia.

Es el sétimo empuje de los nobles paganos
 contra los malhechores jerosolimitanos,
 que han osado, malditos!, como un horrendo augurio,
 quebrar el caduceo y el ala de un Mercurio.

La muchedumbre aguarda con ansias. Ven el ojo
 de Quinciano. Es un ojo como un carbón de rojo.

Le ven los labios gordos de lascivia; el empeño
de algo malo, que anuncian las temblores del ceño;
y el gesto que en su rostro, relampagueando, asoma:
el gesto de un milano que acecha una paloma.
Le ven, bajo la toga, la ondulación que flota
sobre la piel felina, y el pecho que barbota.
Y el pueblo, enardecido por su visión de fiera,
con el rabo azotando sus ijares, espera.

Entre un grupo de toscos legionarios, se mira
la prisionera virgen. La bestia, el pueblo, estira
sus miembros perezosos, eriza la pelambre,
y arremanga los belfos en un bostezo de hambre.
Águeda, entre sayones, soñando en las serenas
fuentes de luz divina, ni siente sus cadenas
Y, ante el voraz torrente que, furioso, la arrolla,
ni la entumece el miedo, ni la aprieta la argolla.
Si ella los ojos baja, como una sensitiva,
es que piensa en el Cristo que la aguarda allá arriba,
el que lo enfermo cura y el que aviva lo yerto
con la escarlata copá de su costado abierto.
Si ella los ojos lleva sobre la tierra fijos,
es que hay ante esos ojos visión de crucifijos.
Si ella no escucha al pueblo, que truena en su alarido,
es que la voz de Horacio le acorazó el oído,
que rumia del amado los célicos murmullos
que van vertiendo en gotas la miel de sus arrullos.

Sólo Jesús y Horacio su alma colman. Quinciano
se incorpora mirándola. Sus venas de pagano,
al contemplar cual brilla la nazarena esclava,
sienten correr en ellas como sangrienta lava.

Ve lo regio que muestra la cautiva en el tono,
como de alguien que aguarda tras la cadena el trono.

Ve sus quietas pupilas bajo un velo sedoso,
como dos lunas místicas de una noche de ensueño.
El labio, en que la risa deja un rastro, cual deja
un recuerdo de nácar la tarde que se aleja.
Y, del labio, desciende su mirar torpe y rojo,
por el carnal hechizo, como en succión del ojo.
Ve el cinturón que ciñe los pliegues de la estola,
y, abajo, la cadera saltando en curvas de ola.
Ve el rizo de la frente, que el aire le desfleca,
y el broche lujurioso que oprime la muñeca.

Y, ebrio ya, clama:

—Acércate! Me manda mi sed loca
morderte esa granada que llevas en la boca!
Deja á mi ardiente brazo servirte de diadema,
y que en ti sorba néctar mi lengua que se quema.
Mi tálamo está libre del diente y de la zarpa,
y el tigre que te espera ya baja por la escarpa.
Mujer, al punto elige la rosa ó el abrojo!
¡La roja dentellada, mujer, ó el beso rojo!—

Y ella, callada. Apenas el burbujear se nota
y el cuchicheo suave de una oración que brota.
Y, en un divino reto, frente á la airada hiena,
se signa por tres veces la humilde nazarena.

Ante el desdén, el déspota, que su poder agravia,
se convulsiona en una carcajada de rabia.
Se levanta. Los dedos agarrota. Violenta,
la tempestad le estría los ojos de tormenta.
Tiene el gesto sombrío, la melena erizada;
y la erupción le azota la faz congestionada,
como un volcán que, hirviendo su ebulliscente riego,
sobre el cráter derrama su hemorragia de fuego.
Le azulean las venas sobre la hinchada gorja;
jadea el pecho, ansioso, con un vaivén de forja;

y el corazón, saltando como acotillo rudo,
redobla sobre el yunque de aquel pecho belludo.

Y estalla:

—Aunque no quieras! Ya verás los despojos
de tu rasgada estola. Te poseerán mis ojos!
Te gozaré mirándote! Temblarás intranquila
cuando te horade el sexo mi filosa pupila!—

A una señal, el jefe de sayones acerca
su oído junto al labio de Quinciano. La terca
mirada del sicario, como en una penumbra,
bajo la atra visera de su casco relumbra.

Luego, ordena á los suyos. Y, á desnudarla, todos
pónense, como buitres que despluman. Beodos,
maculan con su torpe presión de mano impura
la carne que aparece bajo la vestidura.

Desnuda!.. El pueblo, en éxtasis, en torno de ella ronda,
cual si surgiera Venus, al reventar de la onda,
medio velada apenas de evanescente bruma,
cuando le tiembla el aire su pabellón de espuma.

Divina así! La trenza, serpiente negra, al seno
baja á beber, sedienta, del odre que está lleno;
donde se ve una gota del zumo purpurino,
cual si, al morder el odre. se derramara el vino.

Divina así! Su boca de enamorada y mística
es un nido de arrullos y es un ara eucarística,
en donde, bajo el soplo de ideal embeleso,
se aduerme la plegaria sobre el plumón del beso.

Divina! Sus pupilas, sesgada sombra baña,
entre la jáula crespada de la oscura pestaña:
sus pupilas cautivas, como dos ruisseñores
que, antes libres, rimaban su canción de fulgores.

Divina, sí, divina, con su esplendor de broche
recién abierto al alba! Rocíos de la noche
suavizaron sus pétalos, y, cual vaso hechicero,
le colmaron de aroma su carnal pebetero.

Incendiada la sangre por el torpe martirio,
la fina piel se baña con el rubor de un lirio.
Y en todos los hechizos, que grata euritmia ovala,
deslízanse las curvas fingiendo sesgos de ala.

IV

EL MARTIRIO.

Desnuda está, temblando, entre paganos,
ante ese pueblo que su hiel destila;
que, al romperle la estola con las manos,
le desgarró el pudor con la pupila.

Tiembla como una corza sorprendida;
sobre el seno desátase las trenzas;
recoge los andrajos, como egida,
y se cubre con ellos las vergüenzas.

—Ya eres mía y de todos! Ya en mi mano
tengo ese cuerpo que á mi amor subyuga!—
Y apretándose el ceño de Quinciano,
se ve el ojo brillar bajo la arruga.

—Aun pudiera ceder! ¿Quieres?.... Contesta!
—ruge Quinciano con su voz de trueno.—
Si es tan grande ese dios que fe te presta,
que te venga á cubrir tu Nazareno!.....—

Ni le mira la virgen, ni responde;
sólo aspira á ocultar, arqueando el cuello,
el seno tembloroso que se esconde
bajo la suelta red de su cabello.

Y oye la voz de un ángel que pregona:
—«No temas los martirios de esa hiena!
Si la carne en el fango te aprisiona,
procura que te corten la cadena!»

«¿Qué importa al nido, en que tu pena exhalas,
el polvo vil con que salpica el suelo,
si tu alma, el cisne de las blancas alas,
se alista ya para tender el vuelo?»—

—Basta, dijo Quinciano, te detesto!—
Relampagueó la sangre en su mejilla;
al hambriento chacal le robó el gesto,
y les gritó á sus gentes.—¡La cuchilla!

¡La garganta! No, no! . . . que la garganta
deja escapar la vida! En ese lleno
vaso de miel, que mi delirio encanta!
¡Cortad allí, sobre el botón del seno!

Aproxímase á ver. El brazo ahora,
cruzado, esconde la impaciencia suma;
y la rabia impotente y bullidora
borda en los labios su festón de espuma.

Piensa en tu madre! . . .—la inocente clama.—
Con esto que me arrancas te dió vida!—
—O me curas la herida que me inflama,
ó me bebo tu sangre por la herida!

Llega el martirio al fin. Se hunde sedienta
la cuchilla en el seno con que topa;
y entre arroyos de púrpura sangrienta,
se ve caer la palpitante copa.

Baja al vientre la sangre torrentosa,
—grumo rojo que, abierto se desgrana,—
como un vino bullente que rebosa
sobre el blanco cristal de porcelana.

La virgen, en los labios sonrosados,
al peso del martirio, el diente clava;
y el dolor, en los labios torturados,
comienza en grito y en plegaria acaba.

Y delira. Ve á Cristo, á su cordero,
que rompe ya los torturantes lazos;
que sus brazos desprende del madero,
y la estrecha amoroso entre sus brazos.

Y ella las orlas del ensueño toca;
y, como alba entre sombras, que se irisa,
en la noche doliente de su boca
se va abriendo el botón de una sonrisa.

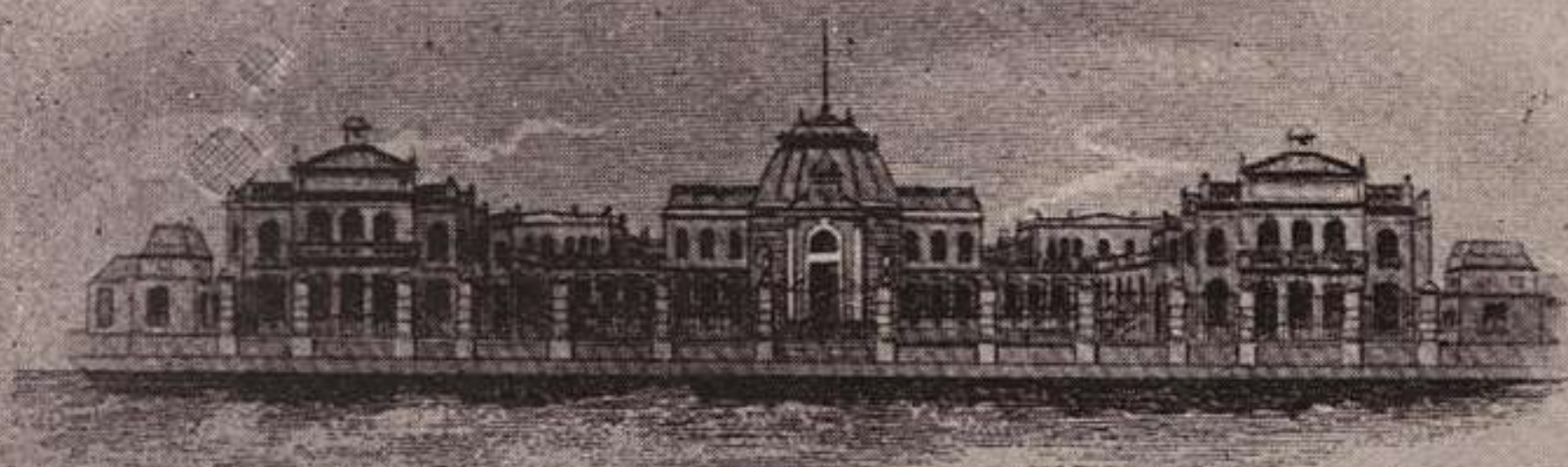
Luego, piensa en Horacio, humana fruta
para su lengua humana! Su delicia!
Que iba á hacerla cruzar la áspera ruta
sobre el ala fugaz de la caricia!

Su esposo de la tierra, á quien mañana
iba á dar de su cuerpo la preseña:
sus contornos elásticos de Diana
y su ardiente perfil de Citerea.

Y, entonces, una lágrima indecisa
se vió caer de su pupila vaga.
Cruzando el labio, se llevó la risa;
rodó en el pecho, y se perdió en la llaga

SANTIAGO ARGÜELLO.

León, Nicaragua, 1905.



*El Secretario de Estado
y del Despacho de Gobernación
tiene la honra de invitar á Vd.*

á la inauguración, que del

Hospicio de Niños

construido al costado de la calzada de Talpam,

se dignará hacer el Señor

Presidente de la República,

el día 17 del corriente á las 10 a. m.

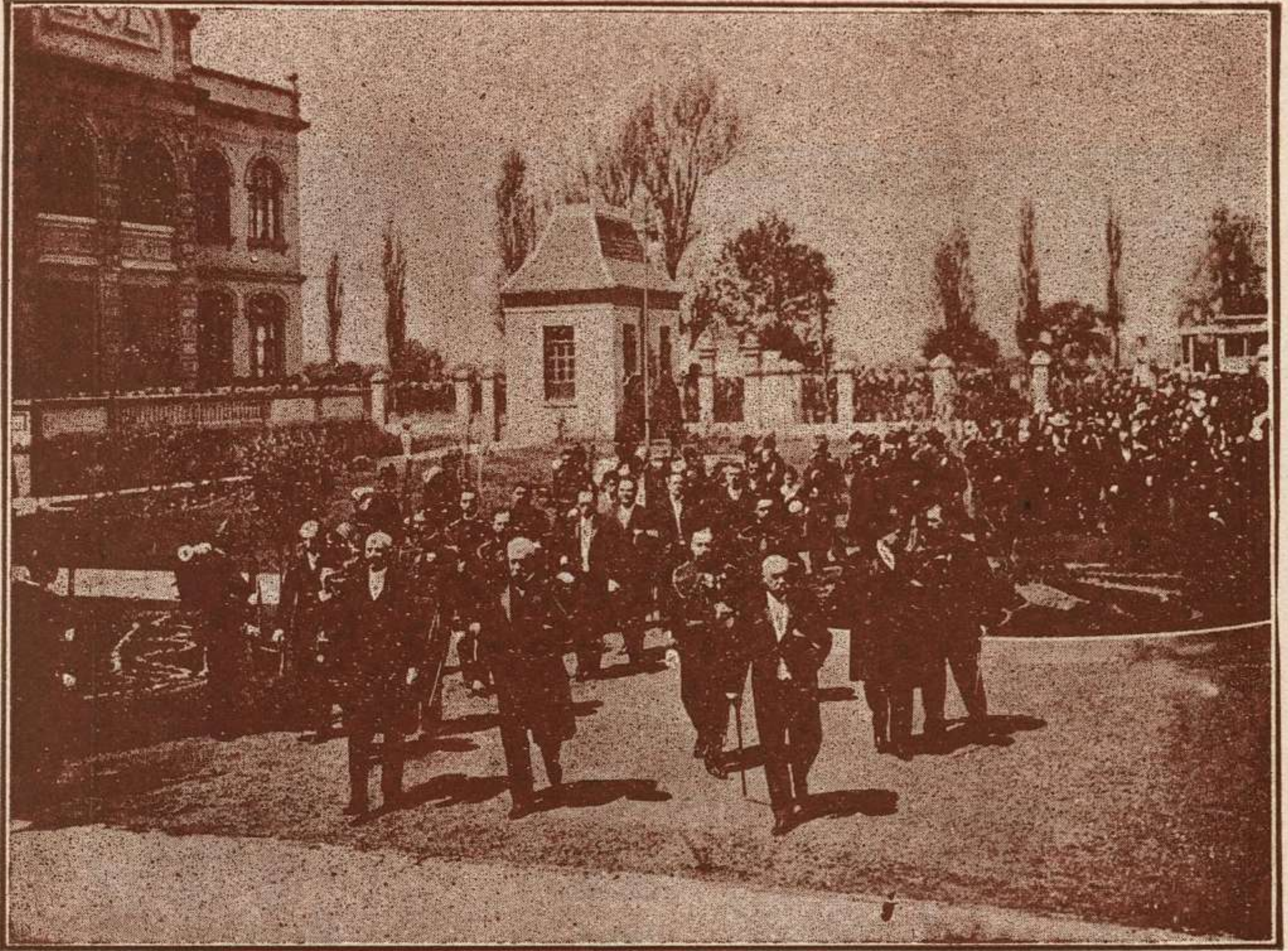
México, Septiembre de 1905.



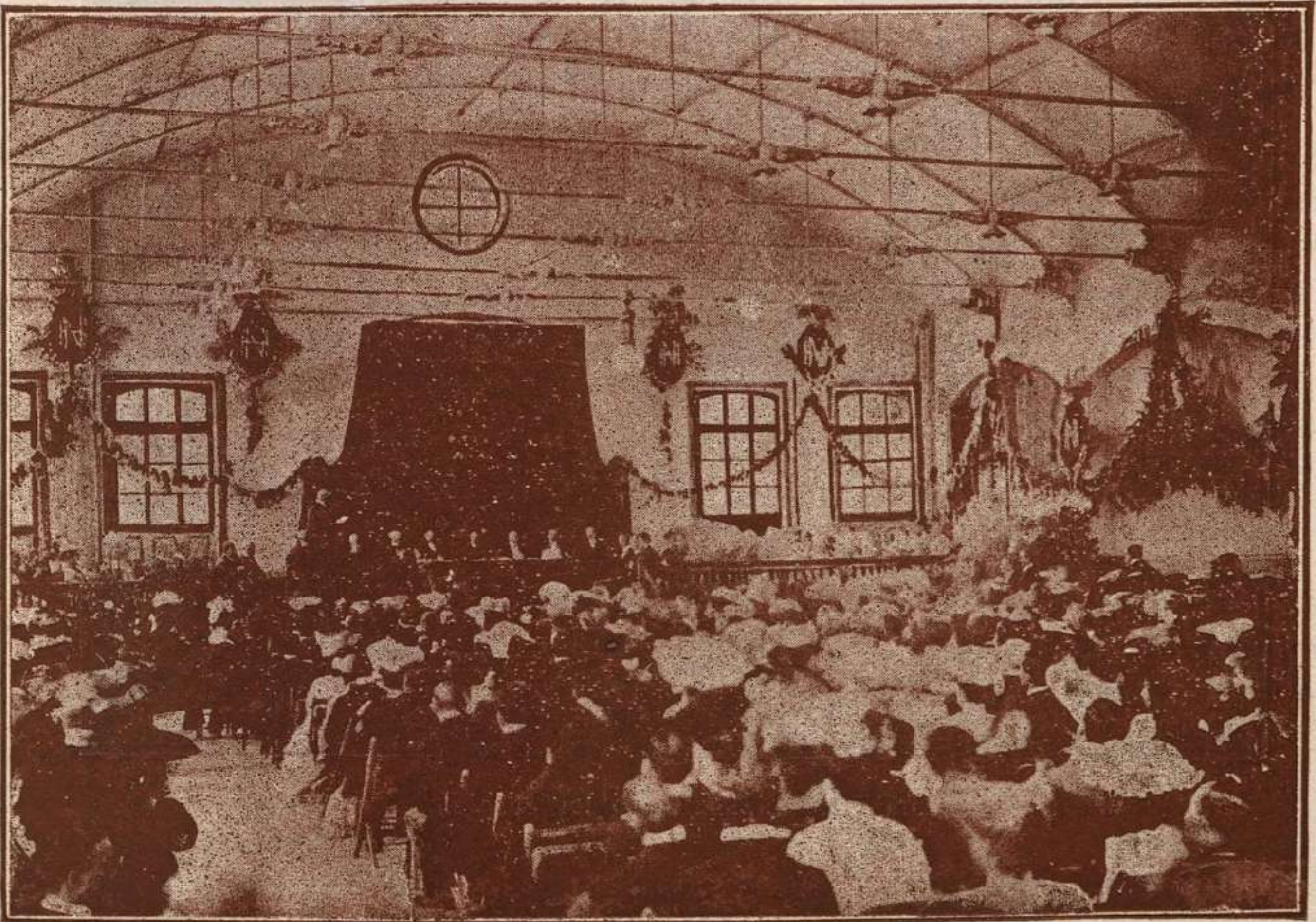
N doble acontecimiento se verificó en la celebración de las fiestas patrias: la inauguración del Nuevo Hospicio y el discurso que nuestro compañero, el Sr. Lic. Urueta, pronunció con tal motivo.

El domingo 17 de Septiembre, fué inaugurado solemnemente, por el Sr.

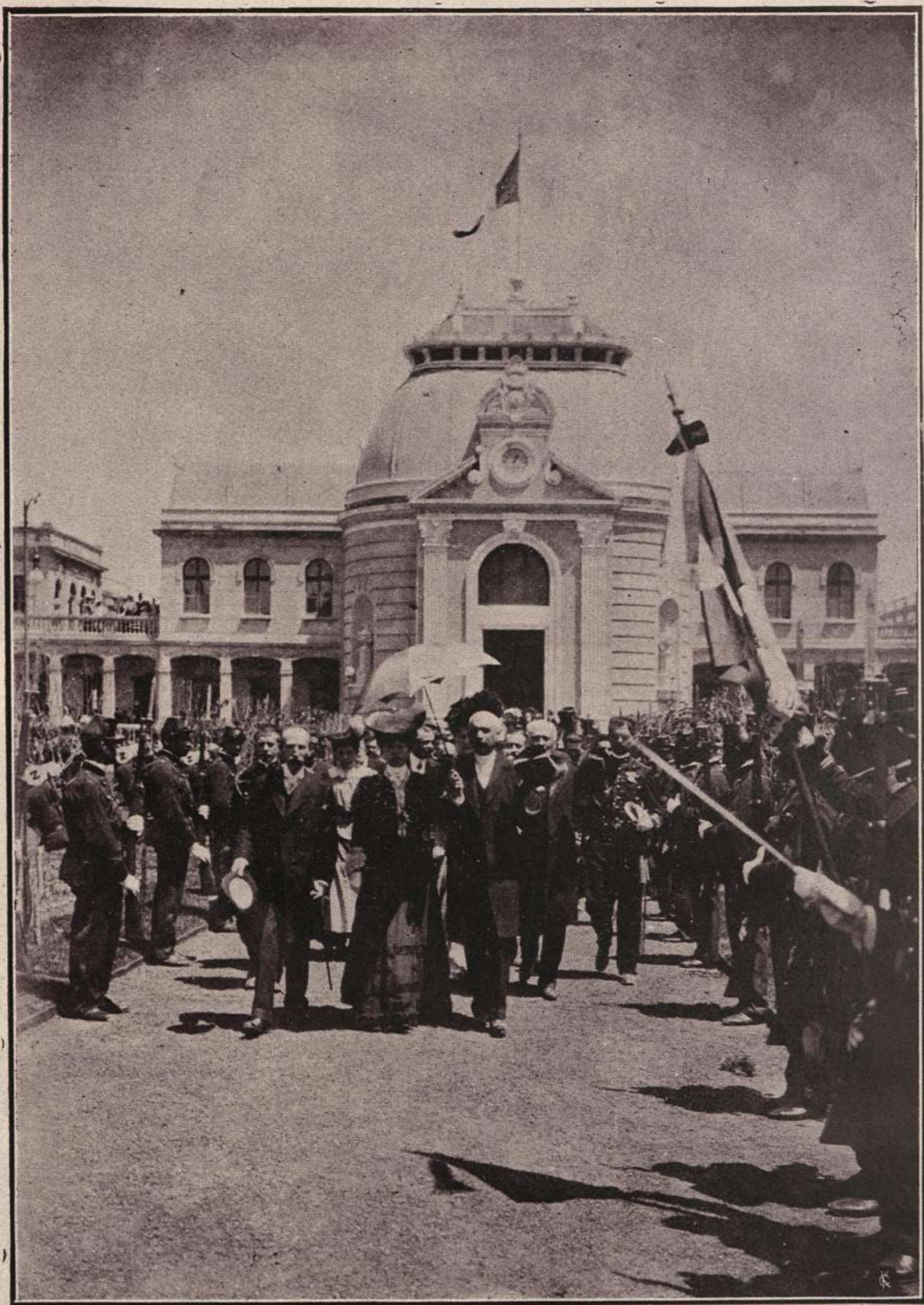
Presidente de la República, el Nuevo Hospicio, situado en la calzada de San Antonio Abad. Está de plácemes la Beneficencia Pública. En 1763, fué puesta la primera piedra del viejo Hospicio. En 1768, estaba concluido. En 1900, el Sr. Gral. Díaz inició la transformación de esa institución. En 1905, se inaugura el moderno edificio, grandemente impulsado desde 1903, por el actual Secretario de Estado y del Despacho de Gobernación, D. Ramón Corral, Vicepresidente de la República. Todo está previsto en la nueva construcción para la educación é instrucción de los pobres niños huérfanos. El local es amplio y elegante, risueño de jardines para la infantil expansión de los desheredados. Es justo que las naciones hermanas nuestras de la América latina, adonde la *Revista Moderna* cuenta con tan inteligentes y numerosos amigos en letras, tomen nota de esta diaria transformación de México. Al Gobierno del Sr. Presidente Díaz se le debe. No fatigado por las coronas conquistadas en la guerra, siempre por la libertad y la independencia de su patria, muéstrase infatigable en la conquista de las muy nobles cívicas, en medio de la paz que él ha creado con su patriotismo inagotable, nunca roto ni por las dificultades ni por los años. El Sr. García Merou, que pudo conocer de cerca á México y su ilustre gobernante, inició justicieramente la apología merecida del Gral. Díaz en la América del Sur. Extráñanse por allá de la perpetua reelección de nuestro glorioso actual Presidente. Ella no es otra cosa sino la perpetuidad de la grandeza y de la gratitud patrias. El discurso á que aludimos, lo publicamos á continuación.



Llegada del Sr. Presidente de la República.



El acto oficial.



Comitiva oficial saliendo del Hospicio.

JESUS URUETA

Oración pronunciada el 17 de Septiembre de 1905, con motivo de la inauguración del nuevo Hospicio de Niños.

Una gente impera e l'altra langue.

DANTE, *Inferno*, VIII, 82.

SEÑORAS Y SEÑORES:

La inauguración que el Ciudadano Presidente de la República hace hoy de este amplio edificio destinado á realizar un fin supremo de caridad y de preservación social, pone mi pensamiento en uno de los más interesantes problemas modernos —el más interesante quizá— que, aunque visto con indiferencia por nuestra apresurada, desatenta y egoísta vida de ricos industriales, debe ser objeto de largas meditaciones para el filántropo y de pacientes estudios para el sociólogo, porque encierra las esperanzas y los peligros del porvenir.

Me refiero al doloroso, al conmovedor problema de la infancia abandonada y desheredada.

Y el ardiente deseo que me anima de divulgar ideas buenas y fecundas, en las cuales tengo la fe y el entusiasmo del creyente, me hace abandonar ahora las frases de arte con que solía adornar mi discurso en épocas de menor reflexión, pues he llegado á convencerme de que, en todas las

cuestiones de trascendencia para la patria y para la humanidad, el pensamiento sólo se impone cuando es absolutamente sincero y el lenguaje sólo conquista cuando es completamente libre. La verdad, como Frinea, para convencer á sus jueces necesita presentarse desnuda.

Si preocuparse con solicitud de los niños ha sido siempre un instinto de la especie para poder conservarse y mejorar, y ha llegado á ser después, con el desarrollo de la cultura humana, un deber social más ó menos sabiamente cumplido, asume en nuestros días el carácter de una imperiosa necesidad, no sólo porque el progreso que la era capitalista ha alcanzado, en su evolución hacia un irremediable y quizá trágico ocaso, abre al mal y al delito nuevos y fáciles caminos, aumentando de un modo continuo las tentaciones, sino por otra razón, dolorosa y humillante para la vanidad de los hombres.

Atravesamos una época cuya característica principal es, en mi concepto, ésta: la absoluta inferioridad moral é intelectual de los hombres frente á los problemas

grandiosos que nos inquietan y que reclaman anhelantemente una solución. Pocas veces en la historia se ha visto el mundo transformado como ahora en una gigantesca hornaza, en donde bullen los pensamientos más contradictorios, los deseos más dementes, las aspiraciones más imposibles, sin que haya alguien que de esa hornaza sepa sacar el block de bronce ardiente de una idea, para hacer de él un símbolo en cuyo nombre se combatan las batallas de la civilización. Un viento seco y asolador de escepticismo y de oportunismo va enervando todos los caracteres y enflaqueciendo todas las voluntades. . . . Hoy existen ideas, pero no ideales; hay teorías nuevas y atrevidas, pero no acciones nobles y grandes; y mientras nuestro tiempo es científicamente el más luminoso de cuantos la historia recuerda, nuestra generación —fatigada de buscar el enigma del Universo, con la fe perdida y los nervios histéricos,— es una generación moralmente mediocre.

Que esto sea un estado transitorio, y, como tal, el prelude de tiempos y de hombres mejores, es probable, porque las sociedades humanas, como la tierra, suelen alternar los períodos de fecundidad con los de esterilidad aparente; pero nosotros, conscientes de lo poco que podemos hacer, en vez de lamentarnos con egoísmo lírico de haber nacido ó muy tarde ó muy temprano, debemos encontrar la razón y el estímulo de nuestra vida en el fin nobilísimo de formar una posteridad que sea digna de intentar la resolución de esas incógnitas que nosotros no pudimos resolver porque nos faltaron el valor y el ingenio.

He aquí por qué el problema de la infancia se impone actualmente no sólo como un deber, sino como una de las cosas más útiles que nos sea dable cumplir. No tenemos ya energías para el combate; pero aún somos capaces de fortalecer el es-

píritu y de templar las armas de los que vengan después. Y este legado de salud, de vigor y de equilibrio, guarda y garantiza el progreso de la patria y el destino de la humanidad.

Solamente los observadores superficiales, que á sí mismos se llaman *hombres prácticos*, y las almas evangélicas, creen todavía que el problema de la infancia se reduce á las medidas que los Gobiernos ó la caridad privada toman respecto de los niños abandonados y extraviados. Lamentable error! Muy vastos y muy lejanos son los confines de este problema. No es una paradoja afirmar que la preservación moral del niño comienza antes de su nacimiento, y no es una exageración decir que todas ó casi todas las cuestiones modernas, que tanto preocupan á los pensadores, tienen con ese problema una relación honda y directa.

En donde los Gobiernos procuran contener el desarrollo continuo y creciente del alcoholismo, y en donde leyes, nunca bastante severas, imponen las más elementales reglas de la higiene, se defiende una multitud de seres por nacer, que de otro modo llevarían consigo el demonio hereditario de los progenitores enfermos. ¿Y por qué nos preocupamos tanto de la curva espantosamente ascendente de las estadísticas de los locos, de los suicidas y de los criminales, si no es porque ella es un síntoma de la degeneración física y moral de que estamos heridos, degeneración que repercutirá por ley de la naturaleza en nuestros hijos? ¿Y acaso no comprendemos y sentimos que, aunque pudiendo atenuar estas causas, existe otra, más tenebrosa, que á todas las comprende y de la cual todas dependen y que se llama la *cuestión social*?

Dadle el nombre de lucha por la existencia, como quería el naturalista inglés, ó el de ley de bronce, como quería el agitador

alemán, el genial Karl Marx, lo cierto es que una obscura fatalidad pesa sobre el mundo, y condena inexorablemente á la miseria y á la abyección —desde la infancia— á una gran parte del género humano.

«Una gente impera e l'altra langue,»

exclamaba el altísimo poeta.

Veis, pues, que nuestro tema no se encierra en estrechos confines, sino que nos transporta hasta los horizontes de promisión, claros y puros, del socialismo científico, que un genio heroico ha definido el sol del porvenir. Pero, tranquilizaos, que yo no sabría, ni sabiendo querría, volar tan alto y vagar tan lejos. Mi objeto es más humilde: os hablaré brevemente, fugazmente, como la índole de un discurso lo exige, de las diferentes formas de la infancia abandonada y torturada, vergüenza y peligro de nuestra civilización.

Los poetas han cantado en versos de oro la leyenda dulce y sonriente de la infancia, y nos han dicho —y lo hemos creído— que en el mundo sólo los niños son felices. Lamartine, quejándose de amores crueles, se preguntaba:

«Pourquoi Dieu mit-il donc le bonheur de la vie
Tout au commencement?»

¡Ay! los poetas nos han dicho una cosa falsa. ¡La infancia también sufre! Y, ante el dolor de un niño, nos sobrecogemos de piedad y de horror. No debemos juzgar con nuestra psicología de hombres de la psicología de los niños. Es evidente que, confrontándolos con los dolores que experimentamos, los dolores infantiles nos deben parecer bien pequeños. Pero todo es relativo, y si un niño no sufre por las mil preocupaciones que hacen sufrir á un adulto, no se puede inferir por esto que su edad no conozca el dolor. ¿Acaso no son-

ría el viejo de las ansias que atormentan el corazón de un joven de veinte años? ¿No cree, por ventura, que sólo sus enfermedades, que sólo las desilusiones que ha probado, que sólo el sentir cercana la muerte merecen el nombre de verdaderos sufrimientos, y que la pasión no correspondida del joven es, á lo sumo, un desagrado pasajero y envidiable? ¿Y debemos decir por eso que los jóvenes no sufren? Todos los periodos de la vida tienen alegrías y sufrimientos, diversos, es verdad, pero que con igual potencia turban la mente y el corazón. Y lo que decimos de los viejos con relación á los jóvenes, podemos repetir lo de los jóvenes respecto á los niños. Negar un dulce ó una diversión á un niño —la comparación os parecerá atrevida, pero da relieve á mi pensamiento— es como negar una mujer á un joven enamorado. El deseo de una edad es muy diferente del de otra, pero la intensidad del deseo es, respectivamente, la misma.

Admitamos, sin embargo, que los niños sean más felices que nosotros. Pero, ¿cuáles y cuántos son los niños felices? Los que nacen de familias honradas y acomodadas. Y los otros —advertid que son los más,— los que nacen de gente pobre ó de gente perversa, los que no conocen padre ni madre, los huérfanos antes de nacer, ¿estos son felices, por ventura? ¡Ah! no, en verdad, porque esa infancia conoce todas las enfermedades, todas las miserias y todas las degeneraciones que afligen á los hombres, y, además, tiene menor fuerza para soportarlas y ninguna responsabilidad en haberlas adquirido.

Hay un espectáculo, Señores, ante el cual el hombre más fuerte tiembla y la fe más robusta vacila: la muerte de un niño. Del fondo de la conciencia surge entonces, aunque muda, terrible, una blasfemia, porque el grito de la naturaleza nos dice que esa muerte es injusta, y que ese niño, si

así debía morir tan pronto, no debía de haber nacido.

Pues bien; hay algo más cruel todavía que la muerte de un niño (ésta ofrece al menos á los creyentes el consuelo de haber dado un ángel al cielo): es su abandono, es su martirio, es el saberlo solo en el mundo luchando con todas las duras dificultades de la vida, ó en poder de padres que lo lanzan al camino del mal y que lo atormentan á veces con incalificables suplicios.

Y en esta odisea de miserias materiales y morales que los niños pueden estar condenados á sufrir, asistimos á una especie de evolución, en que la crueldad bárbara y atávica, que subsiste como un legado ancestral en las más bajas clases de la humanidad, alterna con el cálculo frío y la refinada astucia, productos morbosos de las más altas civilizaciones.

Ya es la muchacha que en un feroz ímpetu patológico mata al hijo apenas nacido, porque es la prueba viva y palpitante de su culpa; ya es la mujer que con previsión criminal atenta á la vida del hijo antes de que nazca, para impedir el escándalo que mancharía su reputación, ó, motivo mucho más abyecto, para substraerse á los dolores y á las dificultades de ser madre; ya, por último —más despreciable que todas, porque si es menos cruel es más vil,— la mujer que deposita al niño al borde del camino ó en las gradas de una iglesia, dejándole á la sociedad el remordimiento —que ella no sintió— y la responsabilidad —que ella no tuvo el valor de asumir— de hacer de su hijo un infeliz, que acabará en una cárcel ó en un hospital.

«No se sabe quién es, ni de dónde viene:» he aquí la frase terrible con que la gente honrada de los campos y de las ciudades expulsa lejos de sí al intruso; y á este intruso no le queda entonces otro recurso que vivir con los desgraciados que

están en su misma condición, porque con ellos á lo menos no deberá avergonzarse de nada.

¿Preveen las madres infames que abandonan al hijo apenas nacido á los dudosos cuidados de la sociedad, el triste porvenir á que lo consagran? ¿Tienen conciencia de que después de haber cometido la culpa de darle la vida, cometen también el delito de darle una vida infeliz? ¿Saben y sienten que con ese abandono han arrojado al mundo un delincuente ó una mujer perdida? ¿O acaso ninguno de estos pensamientos ha cruzado nunca por su fantasía de jóvenes frívolas y alegres, y sólo se han preocupado, en la precoz inconsciencia del mal, de deshacerse de un testimonio incómodo de su pasado?

Estamos aquí, Señores, ante uno de aquellos misterios del alma humana, profundos é insondables como el mar. Y si con curiosidad de estudioso alguno intenta penetrar en él, encontrará, precisamente como en los abismos del mar, los residuos más extraños y más diversos, los documentos más contradictorios y más inverosímiles de esa vida que se vive en la superficie y que, juzgada por las apariencias, parece tan sencilla y de tan fácil interpretación.

Encontrará á la muchacha sublime á quien el remordimiento ha rehecho una nueva virginidad y que se vuelve monja para expiar su pasado —y á la mujer vulgar que ahoga en una vida de alcohol y de placeres el recuerdo de la falta lejana;— encontrará á la madre pobre que después del primer momento de aberración, busca, ruega, suplica que le devuelvan al hijo abandonado, y honradamente trabaja para él y fatiga sus débiles ojos para que nada le falte,— y á la aristocrática señora mundana que, para conservar sin mancha su nombre, olvida, entre las fiestas y los bailes, á su niño que vive lejos de ella, tal

vez miserablemente, con seguridad sin aquel calor de afecto que debería darle;— encontrará, en suma, todos los tesoros de arrepentimiento y de ternura, y todas las perfidias y crueldades de que es capaz la mujer, esta soberbia é indescifrable incógnita que algunas veces nos hacemos la ilusión de conocer, pero que permanece siempre para nosotros un intacto misterio.

Sólo una cosa no encontrará nunca el estudioso: la huella de la responsabilidad del hombre, que tiene, sin embargo, á veces toda la culpa, siempre una parte de la culpa en la corrupción de las madres y en el abandono de los niños. Es un delincuente invulnerable: y esta es una monstruosidad moral. Para él, ningún reproche, ningún dolor, ninguna infamia; y nuestra sociedad, que, con el severísimo pudor de las viejas pecadoras, lanza su desprecio sobre la mujer caída, tendrá para él, para el hombre que la ha hecho caer, la más estimulante de las sonrisas y le dará el nombre de conquistador y le ceñirá los lauros de Don Juan.

¡Oh! en esto, en verdad, no tanto las leyes, que pueden poco y que fácilmente se eluden, sino las costumbres, deberían impedir esta extraña inversión del sentido moral, que glorifica en uno lo que para la otra es vergüenza y mengua, y esta suprema villanía de dejar á la mujer toda la responsabilidad de un hecho que ella y el hombre han cumplido.

Y si en alguna cosa tiene razón ese movimiento de la conciencia moderna que se conoce con el nombre de *feminismo*, es precisamente en exigir que el hombre responda ante el Código y ante la moral, de su parte de cómplice necesario en los delitos que la mujer comete.

Nosotros, pueblos latinos, nos asemejamos á los pueblos orientales que tratan á la mujer como un juguete ó como un objeto de lujo. Hacemos algo peor. Porque

considerando á la mujer como un ser débil é inferior —y tal es en verdad— deberíamos ayudarla y protegerla: esta sería la psicología del hombre fuerte y alto; pero al contrario, con refinado jesuitismo civil, la colmamos aparentemente de preferencias y de gentilezas, para dejarle luego á ella sola —en los momentos del dolor y del deber— todos los cuidados, todas las angustias, todas las responsabilidades; y esta no es la psicología del hombre fuerte y alto, esta es la psicología del egoísta y del malvado.

Pero no nos dejemos transportar por el sentimiento, y volvamos á nuestro tema.

Hemos hablado de la perfidia inconsciente y negativa del abandono; hablemos ahora de la perfidia consciente y positiva de los maltratos á los niños.

Es este el delito más monstruoso y más degradante; las almas piadosas quisieran negar hasta su posibilidad. . . . ¡Ay! es no sólo posible, sino que va haciéndose cada vez más frecuente.

Se habla mucho, á cada momento, del cariño de los padres á los hijos; se habla poco, casi nunca, de la antipatía que muchas veces aquéllos tienen por uno de éstos. Y sin embargo, el fenómeno no es raro, al contrario. Estoy por decir que en toda familia que tiene varios niños, hay siempre, por una parte, el predilecto, el benjamín, y por otra, el abandonado, la cenicienta. La igualdad no es ley del corazón humano, y la distribución proporcional del afecto es un problema más insoluble que la distribución proporcional de la riqueza.

Es un misterio psicológico, al propio tiempo que una verdad indiscutible, que todo padre, y especialmente toda madre, si tiene varios hijos, aman más á uno que á otro. Casi siempre el padre prefiere á la mujer, la madre prefiere al varón, y esta simpatía cruzada de los sexos entre ascen-

diente y descendiente, no es quizá —como decía Enrico Ferri— sino el pálido y casto reflejo del amor que se prolonga á través de las generaciones.

¿Por qué estas predilecciones?

La simpatía y la antipatía nacen á veces sin razón alguna ó sin razón aparente; otras veces dependen de virtudes ó defectos del niño. El amante nuevo aborrece al hijo del amante antiguo, ó una enfermedad física ó intelectual hace antipático á los padres al niño desgraciado.

Ahora bien; exagerad esta antipatía, haced que los individuos que la experimentan, en lugar de ser plenamente conscientes de sus deberes morales y sociales, sean débiles ó degenerados; dadles, en lugar de la riqueza y de la educación que retraen del mal, la miseria y la ignorancia que al mal empujan, y veréis cambiarse el descuido en injusticia, las malas maneras en golpes, la antipatía en odio, y de la cenicienta haréis una víctima.

Y —da pena decirlo, y especialmente decirlo á vosotras, señoras,— es la madre la que de preferencia comete estos delitos. Es ella la que inventa torturas con una fantasía capaz de humillar la tenebrosa imaginación de Torquemada, en tanto que el hombre, por regla general, ó las ignora ó asiste á ellas como un simple espectador.

¿Por qué la mujer supera al hombre en la crueldad contra los hijos?

Es una observación muy común que la mujer es siempre ó más buena ó más mala que el hombre. Si ama, ningún sacrificio es demasiado grande para su amor; si odia, ningún martirio es demasiado grande para la persona odiada.

En forma paradójica decía Julio de Goncourt: «el exceso en todo es la virtud de la mujer.» Y esta exageración —que es la nota característica de la psicología femenina,— depende del hecho de que la

mujer no puede difundir como el hombre su actividad y su afectividad sobre muchas cosas y sobre muchos individuos —negocios, intereses, amigos, ideas, estudios, patria, humanidad,— sino que debe concentrarla en pocas cosas y en pocas personas, dentro del ambiente reducido de la familia, pues para ella el mundo entero es el hogar.

Menos difusa, su afectividad es, por lo mismo, más intensa. Intensa tanto en el bien como en el mal: es ángel ó demonio, se levanta á la altura divina de hermana de la caridad ó desciende en el pecado á las más negras simas del infierno.

Por esto, si es verdad que ningún amor es más fuerte que el amor de madre, verdad es también que ningún odio es más fuerte que el odio de madre. Y ante los terribles y trágicos ejemplos de martirizadas, de que están llenas las crónicas de los tribunales, todo ánimo imparcial debe preguntarse: ¿pero éstas, las madres infames, son verdaderamente mujeres, como las otras? ¿no es falso lo que pretenden los espiritualistas, que el delito sea siempre la consecuencia de nuestro libre albedrío, y no debemos, por el contrario, suponer que algunas monstruosidades morales son, como las monstruosidades físicas, una triste marca que la naturaleza imprime á ciertos seres y que ninguna voluntad humana puede borrar?

Nada de extraño tiene, pues, que los niños maltratados, en dolientes legiones huyan, apenas pueden hacerlo, de la casa paterna —que con gusto los deja huir— y vayan á engrosar el ejército ya numeroso de los abandonados, de los pordioseros, de los vagabundos, de los delincuentes, porque la delincuencia es verdaderamente el receptáculo de desahogo adonde van á arrojarse y á pudrirse todas las varias corrientes de la infancia desheredada y maltratada.

Sí, la delincuencia precoz crece en todas partes: en Inglaterra como en Francia, en Italia como en Alemania, en los Estados Unidos como en México. Los sociólogos buscan sus causas, pero no saben indicar los remedios. Y las causas son muchas. La actual condición de las escuelas que se preocupan más de instruir que de *educar*, vicio que va desapareciendo merced al incesante esfuerzo de amantísimos pensadores; la influencia diaria de la prensa de información, de la nefanda prensa de información, que mientras en sus pomposos editoriales clama líricamente contra el delito, con sus gacetillas y sus grabados lo difunde por todos los ámbitos del mundo como una fiebre contagiosa; el absurdo sistema penal que para corregir y castigar no ha sabido encontrar más medio que la cárcel —este chacal que vuelve á comerse inmediatamente la comida vomitada,— ya que es fatal que quien ha estado en la cárcel á ella vuelva, porque entre los muros de las prisiones nada de bueno se aprende y hasta los mejores se pervierten; en suma, todo el endentaje de la sociedad moderna, de la egoísta sociedad moderna que, después de arrojar á los bancos del Jurado á jóvenes de quince y diez y seis años que no han conocido á su padre ni á su madre, ó que si los conocieron sólo tuvieron de ellos malos ejemplos y crueles castigos, los condena implacablemente, como si un robo, una lesión ó un homicidio no fuesen las consecuencias lógicas y naturales de esas vidas sin una sonrisa de afecto, sin un consejo moral, y como si no se pudiera dirigir en estos casos á la sociedad misma la terrible pregunta de Thomas More: qué otra cosa haces tú, sino ladrones y asesinos para tener el gusto de reducirlos á prisión?

Y además de estas causas, más ó menos particulares y locales, hay otra, general, que á todas se impone.

Nos volvemos viejos antes de tiempo; y es por lo mismo lógico que los niños, antes de tiempo, se vuelvan hombres. Esta nuestra vida apresurada acelera el curso normal de la existencia, y si, por una parte, nosotros los jóvenes tenemos una precoz senilidad, los niños tienen una juventud precoz.

Desde las manifestaciones externas y vulgares, como fumar y jugar al billar á los trece años, hasta las manifestaciones íntimas y dolorosas, como suicidarse antes de cumplir el tercer lustro, vemos que el niño entra demasiado pronto en la vida, y demasiado pronto bajo la presión violenta de emociones superiores á su edad, llega á ser hombre: hombre por los deseos y por las ambiciones, no por la fuerza ni por la conciencia.

Y de este desequilibrio entre querer y poder estalla con frecuencia el drama: drama cuya catástrofe es el suicidio, si el niño se siente sin fuerzas y huye de un campo en donde honradamente no puede mantenerse; drama cuya catástrofe es el delito, si el niño, en vez de darse por vencido, tiene la criminal astucia de servirse, para vivir, de medios inmorales.

Frente á todas estas influencias que del niño abandonado hacen un niño extraviado, la sociedad y el gobierno sienten el deber de intervenir, y aquí con asilos, allá con instituciones de educación, intentan poner un dique al torrente que nace y brota de su mismo seno, y que los espanta porque puede inundarlos y destruirlos.

Y somos los primeros en aplaudir á las almas generosas que en lugar de consagrar sus energías y su dinero á socorrer miserias incurables ó detritus necesarios de la sociedad, consagran esas energías y ese dinero á desarrollar honradamente los gérmenes de los ciudadanos futuros.

La caridad no debe ser un impulso irre-

flexivo del corazón, sino un acto consciente de preservación social. Dar un pan á viejos inhábiles, dar un lecho á los moribundos, es una obra santa, pero que no puede, ay!, ni rejuvenecer á los viejos ni curar á los moribundos. Preocuparse, en cambio, de la infancia abandonada, quitar de la calle, del lupanar y de la cárcel á los niños, es obra santa y útil, porque tiende á disminuir y disminuye el número de los suicidas, de las prostitutas, de los delincuentes y de los locos, y aumenta el número de los hombres válidos y buenos.

«Salvad al niño y no habrá ya hombres que corregir ni que castigar!» exclamaba el Senador americano Randall. La frase es, sin duda, exagerada, porque no es posible salvarlos á todos, y porque, dice Spencer, no hay alquimia política que pueda transformar instintos de plomo en una conducta de oro. Pero si es evidentemente cierto que, salvando al niño, habrá menos hombres que corregir y que castigar. Y esto basta, Señores.

A vosotras, señoras, muchos pensadores é innovadores os van preparando los diversos caminos por los cuales debéis llevar el tesoro de vuestros afectos y de vuestra inteligencia. Algunos quieren que seáis abogados, otros desean veros —artística excepción en el actual medio social mediocre y feo— tomando parte en las luchas de la política.

Yo no discuto estos ideales que contienen, si no toda la verdad, á lo menos una parte de la verdad; yo simplemente os digo: no olvidéis, y no olvidemos, la función suprema para la cual fuisteis creadas: la maternidad.

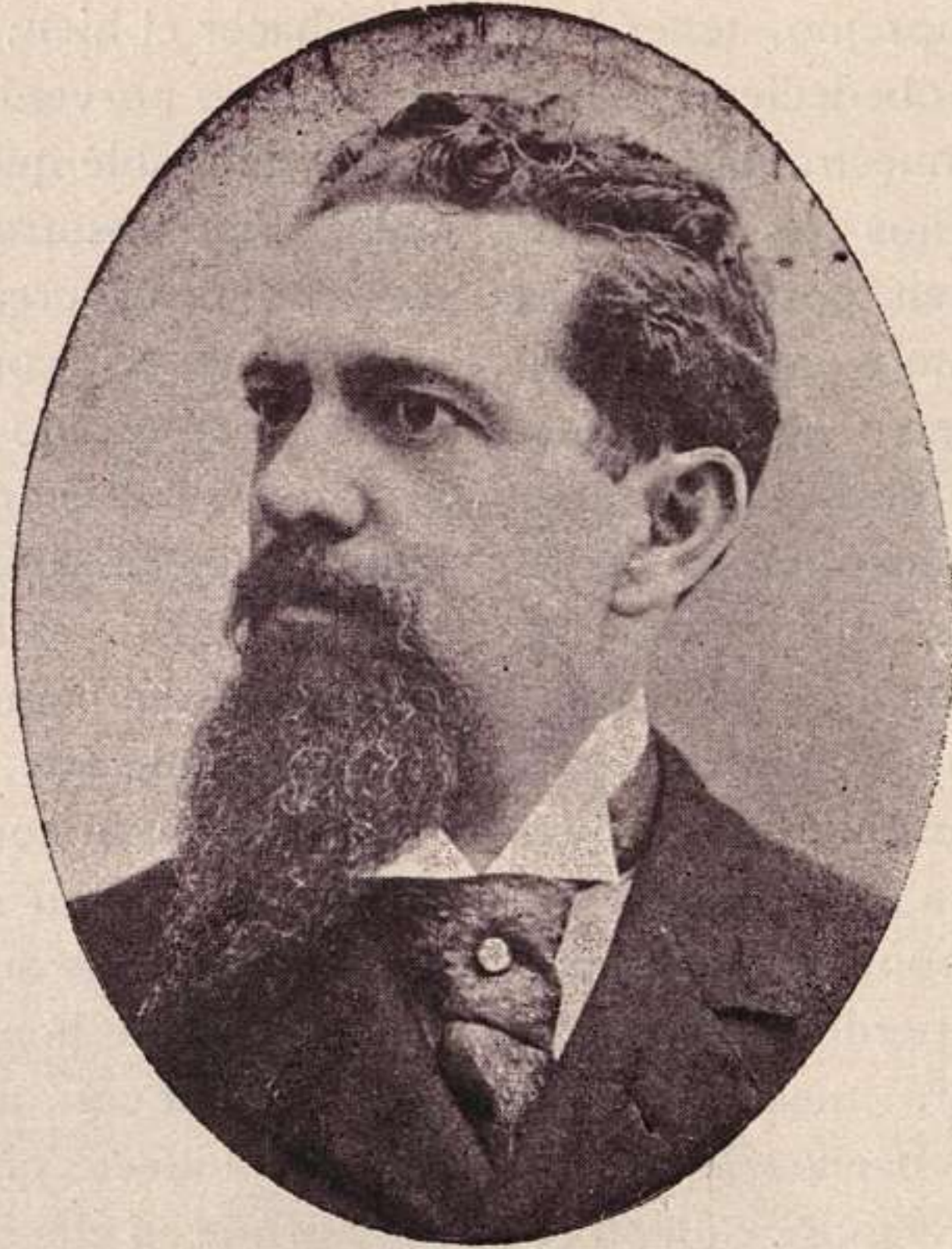
Para vosotras el niño es un complemento necesario: si no le tenéis vuestro, le debéis hacer vuestro con el sentimiento, porque no sólo la naturaleza lo dice, lo dice también la inconsciente psicología religiosa de los pueblos, que, cuando han querido crear un tipo divinamente bello de mujer, lo han completado con el niño, y nos han dado á María, la madre de Jesús.

Sois, además, no sólo madres por instinto, sino por instinto piadosas. Como en la cabecera de un enfermo no hay enfermera mejor que la mujer, así, al flanco de toda desventura, no hay consuelo más dulce que la tristeza sonriente de una madre ó la caricia de pura alma de una esposa.

¿Y cuál desventura puede reclamar más vuestra atención y vuestra solicitud que la que sufre la infancia?

No me corresponde á mí —ni sabría hacerlo— indicaros el modo mejor de aliviar esa desventura; muchas de vosotras conocéis de seguro la misión difícil y sin embargo confortante de la caridad; permitidme, pues, solamente que, como conclusión de mi triste discurso, me dirija no sólo á vosotras, sino á todas las madres, á todas las mujeres honradas y acomodadas, y las diga estas palabras del corazón:

Cuando veáis brillar en los ojos de vuestro niño la alegría por un regalo recibido, pensad en aquéllos que de sus padres tienen, no regalos, sino golpes y tormentos; cuando vuestra legítima vanidad materna se exalte observando los progresos que vuestro niño hace en la escuela, pensad en aquéllos para quienes la escuela es la calle, maestro el vagabundeo, y premio la indiferente caridad de un transeunte distraído; cuando veáis á vuestro hijo orgulloso del nombre honrado que lleva, pensad en los hijos de los delincuentes, á quienes el delito de los padres deja en la miseria, con el solo legado de un nombre infame; cuando en la noche os inclinéis sobre vuestro pequeñuelo color de rosa, que duerme en la cuna bajo las alas transparentes de vuestra alma transformada en ángel, pensad en los muchos pequeñuelos que no tienen madres que los velen ni que los besen, que viven sin una caricia y sin una sonrisa, —y decidme si no es justo que á lo menos un resplandor de vuestro pensamiento y un rayo de vuestro afecto vayan á consolar á la turba de esos infelices, — víctimas inocentes de la culpa de los padres, y del egoísmo de todos.



BRINDIS DEL SR. CASASUS

EN EL BANQUETE QUE EL 20 DEL CORRIENTE LE FUÉ OFRECIDO
EN CHAPULTEPEC, POR SUS AMIGOS.

SEÑORES:

Cicerón, queriendo dar una idea del egoísmo humano, en el lenguaje sentencioso que le era peculiar, dijo: «las lágrimas que hace derramar el dolor ajeno se secan pronto;» y aun cuando no debe ponerse en duda lo que hay de verdad en las palabras del gran orador latino, fuerza es convenir en que ellas no son ciertas en todas las ocasiones de la vida, porque aún rebosa en vuestros corazones el contento que en ellos despertaran las últimas gratas satisfacciones que yo he experimentado, y porque la sonrisa que ese contento hiciera asomar á vuestros labios, perdura todavía.

Elocuente prueba de ello es la suntuosa y espléndida fiesta que habéis organizado en honor mío, los testimonios de invariable afecto que vosotros me habéis dado, vuestro esfuerzo empeñoso en celebrar conmigo la altísima muestra de confianza que del señor Presidente de la República he recibido, al nombrarme su representante cerca del

Gobierno de los Estados Unidos de América, y las palabras llenas de elogios, y por todo extremo cariñosas, que en vuestro nombre acaba de dirigirme el anciano venerable, que nos enseña todos los encantos que tiene el hermoso atardecer de una vida pura y serena, y de quien yo pudiera decir con más razón, lo que Homero dijo del viejo Néstor en la Iliáda: «que de sus labios fluyeron siempre palabras más dulces que la miel.»

No; vosotros no habéis sido egoístas; antes habéis sido benévolos y generosos, porque habéis exagerado por cariño el valor de los muy escasos merecimientos míos, y porque me habéis proporcionado una de las más gratas satisfacciones que puede un hombre experimentar en la vida: la de verse rodeado de sus amigos, sentirse festejado por ellos, y adquirir por esta causa, la seguridad de haber llegado á merecer de ellos, á la vez, su cariño y su estimación.

Siempre han considerado los seres hu-

manos, como el bien supremo, tener á lo menos un amigo: tener, obedeciendo á una irresistible necesidad de nuestra naturaleza, qué nos impulsa á amarnos los unos á los otros, una persona á quien nos atrevamos á hablar como si habláramos con nosotros mismos; alguien con quien compartir nuestras dichas, para que no se desvanezca su encanto al disfrutarlas nosotros solos; ó nuestras penas, para que ellas pierdan en rigor cuanto nosotros ganemos en consuelo; alguien que sea una mano para nuestro apoyo, y un estímulo para nuestros desfallecimientos, y una fuerza para nuestra debilidad; y, al mismo tiempo, un consejero para nuestras dudas, un perdón para nuestros errores, un juez para nuestras acciones, un maestro cuyas enseñanzas aprender, un guía cuyos pasos seguir, y un ejemplo cuyas virtudes imitar; y yo veo con singular complacencia, y con satisfacción íntima, que puedo enorgullecerme de tener no sólo un amigo, sino muchos, que han sido para mí, lo que el amigo es siempre en la vida de los hombres.

Por eso encuentro entre vosotros los rostros para mí muy conocidos de algunos que para mí fueron amparo y protección, de los que en mí produjeron una emulación útil y sana, de aquellos en quienes siempre encontré maestros sabios y consejeros prudentes, y de varios que me sirvieron de orgullo legítimo y de ejemplo noble; y por eso hallo en vosotros toda la benevolencia que perdona, el estímulo que alienta, el aplauso que conforta, la fuerza que apoya, y el cariño sin límites que premia.

Busquen los políticos, correligionarios; los apóstoles, adeptos; secuaces, los sectarios; discípulos, los maestros; creyentes, los sacerdotes; que yo habré de buscar tan sólo amigos, amigos como vosotros, de quienes el infortunio no me aparte, ni los intereses me dividan, ni la prosperidad me aleje, ni la ausencia me separe; porque amigos como esos son los activos colaboradores de nuestra vida, los que nos hacen amar lo bueno

para hacer el bien, y los invisibles obreros de nuestro porvenir.

Es indudable que la amistad, así concebida, como vosotros y yo la concebimos, es un sentimiento creador y fecundo, y en tal grado que, así como habríamos de dejar vacío y convertido en un páramo desierto el Universo si le arrancáramos el sol, condenaríamos la labor humana á una incurable esterilidad, si hubiéramos de arrancar la amistad del corazón de los hombres.

Permitidme que, profundamente emocionado y lleno mi corazón de gratitud inmensa, os exprese mi reconocimiento por esta manifestación de simpatía con que, en tan alto grado, me honráis, solemne por la espontaneidad con que ha sido hecha, gratísima por el afecto que la inspira, y sin ejemplo porque en ella contrastan, de modo asaz sensible, la grandeza de vuestra benevolencia con la pequeñez de los méritos míos que con ella queréis premiar.

Un recuerdo imborrable guardará mi memoria de esta fiesta, y cuando, lejos de vosotros y consagrado al cumplimiento de mis nuevos deberes, sienta resonar en mi alma el eco nunca extinguido de vuestras palabras de cariño, pensaré, con nostálgica ternura, que habéis querido dejarme, al partir, un motivo más para no apartar nunca mis ojos del lejano horizonte donde siempre habré de ver flotar la imagen de la Patria, imán irresistible de nuestros deseos é ideal supremo de todos nuestros amores.

Señores:

Al renovaros las protestas de mi agradecimiento, acompañadme á brindar por vuestra felicidad; y, al brindar por vosotros, brindemos todos por vuestros huéspedes distinguidos, que, al honrar la invitación vuestra, han querido honrarme á mí también, y por el señor Presidente de la República, á quien todos consideramos, con justicia, como el autor de nuestra regeneración política; y á quien estimamos como el símbolo más puro del progreso, del engrandecimiento y de la prosperidad de la Patria.

LIC. BALBINO DÁVALOS

Nuestro compañero y amigo estimadísimo, el eximio poeta abogado Balbino Dávalos, ha sido nombrado por el Gobierno del Sr. Gral. Díaz, segundo secretario de la embajada de México en Washington. Sólo el haber merecido del actual gobierno mexicano, distinción como esa, sería timbre de gloria para el Sr. Dávalos. Él lo recordará con vanidad, cuando el curso en los años transcurra, más, cuando va acompañando á un hombre del valer del Sr. Lic. D. Joaquín Casasús. Pero, á pesar de todo, cómo extrañaremos á Balbino, excelente amigo, poeta de la mejor cepa, gran humanista, único digno de hacer pró-



logos á las admirables traducciones latinas del poeta Casasús. Deja un inmenso vacío en la sociedad intelectual de México, al marchar lejos de esta sociedad. No lo habrán de sentir así los *lagartijos*, los *clubmen*, pero la Nación, con N grande, sí lo echará de ver. Sin embargo, bueno es que nuestro gobierno se preocupe en enviar á las extrañas naciones, hombres de valer y de universal mérito, como lo ha hecho, nombrando embajador de la república mexicana en Washington, al Sr. Casasús, y á Balbino Dávalos para ocupar á su lado, un puesto de los de primera importancia. A este, amigo, maestro en el arte, unas palabras:

TILL I SEE YOU AGAIN.

FIESTAS DE COVADONGA.



Certamen de trajes regionales en el Tívoli del Eliseo, el día 9 de Septiembre de 1905. Niños Antonio y María del Carmen Castillo. Pareja de Jerezanos. Grupo al estilo de las que concurrieron á la feria de Valencia. Tomada de la que obtuvo el premio en el concurso verificado en la expresada ciudad en Agosto de 1901. Véase «La Ilustración Española y Americana,» en su número correspondiente al 8 de Agosto de 1901,

—Tú permanecerás entre nosotros, padre mío. Nuestra contestación la tendrá Caterham al amanecer.

—Dice que luchará . . .

—Que haga lo que quiera—contestó el joven.

—¡El hierro espera!—dijo una voz.

Y los dos gigantes que trabajaban en el ángulo comenzaron á martillar de un modo rítmico, produciendo una especie de música que acompañaba aquel tema gigante. El metal brillaba con más intensidad que antes, é hizo ver á Redwood con mayor claridad todo el campamento. Abarcó entonces el sabio con la vista la extensión de aquel espacio oblongo, con sus grandes máquinas de guerra dispuestas á vomitar la muerte. Más allá y á nivel más elevado, veíase la gran casa de Cossar, á cuyo alrededor los jóvenes gigantes, hermosos y espléndidos, brillaban en su cota metálica entre los preparativos para el día siguiente. Solamente verlos daba ánimos: ¡eran tan naturalmente vigorosos, tan corpulentos y gallardos, y de movimientos tan enérgicos y graciosos! Entre todos ellos, sobresalía el hijo de Redwood, y entre las mujeres gigantes la princesa.

Surgió de pronto en la mente del sabio un contraste rarísimo: el recuerdo de Bensington, claro y preciso, la figura de aquel compañero suyo que acariciaba en la mesa de su despacho la pechuga del primer pollo gigante y que miraba con terror por encima de sus gafas cuando la prima Juana salía de la habitación hecha una furia. El modo de ser antiguo de Redwood volvió entonces á apoderarse de él, y tuvo un recuerdo para aquellas ideas de antaño, cuando creía que lo que ahora le rodeaba era sólo un sueño magnífico, una cosa imposible que únicamente el cerebro de un sabio podía mantener en lo más profundo y misterioso. Pero pronto volvió á la realidad, y halló en los jóvenes aquellos, llenos de convicciones indestructibles y de creencias arraigadísimas, todas sus esperanzas, las cuales, en otro tiempo, habían exigido los más violentos esfuerzos de su credulidad para mante-

nerse: lo que él solamente había pensado antes, lo creían ahora los gigantes.

El cansancio llegó, al fin, á relajar los músculos del sabio: la fiebre azotaba sus venas, y si tuvo un momento en que se levantó su espíritu, fué para caer en el colapso. En el instante mismo de ver realizado su ensueño, en el momento preciso del triunfo, decaía su fe. ¿Es que podía prevalecer todo aquel conjunto de aspiraciones y de promesas, toda aquella gallarda juventud con su resolución firmísima? Redwood parecía soñar, y los jóvenes gigantes también soñaban: ¡les hacía soñar el esplendor salvaje de la juventud! Habían soñado con armas y con resistencia, y creían en una realidad colosal que se desharia en la nada al amanecer.

El hirviente mundo de hombres pequeños; el mundo de la envidia y de las acciones maliciosas; el mundo de la avaricia estúpida, del loco despilfarro y de los placeres; el mundo de la locura atrevida, de la política enferma, del juego, de las industrias fraudulentas y de las especulaciones engañosas, ese mundo no parecía tener ni inventiva, ni imaginación, ni esperanza, ni valor, y sí que sólo poseía una infección múltiple y devastadora de bajeza y necesidades ruines, que abrumaban á los que se proponían hacerles frente. Veía el sabio á los gigantes sobre una pequeña balsa de luz; y todo lo que les rodeaba aparecía ante sus ojos como un océano inmenso de mezquindades. Sentía en su interior que aquel mundo nuevo era el fin que tenía que ganar en la contienda, presentándose, por tanto, la necesidad imprescindible de que sucumbiera el horrendo y miserable mundo viejo, el de la muerte dentro de la vida. Esto era un ensueño, no podía sino ser un ensueño, del que el sabio iba á despertar para encontrarse nuevamente en su despacho, con los gigantes asesinados, el alimento suprimido, y él hecho prisionero. ¿Qué otra cosa significaba la vida sino eso, ser siempre un prisionero encadenado? Este era el punto culminante y el final de todos los ensueños de Redwood. Despertaría con el derrama-

miento de sangre, y la batalla le haría comprender que el alimento era la más loca de todas las fantasías, y vería que toda la esperanza y la fe, que con tanta ansiedad trataba de mantener, no eran más que películas de color sobre un charco inmundo. Y tan profundo y real fué entonces su abatimiento, que apretaba los puños contra los ojos, temiendo abrir éstos para no ver que su ensueño había desaparecido definitivamente.

Los jóvenes gigantes hablaban unos con otros en tono muy bajo, acompañados por la melodía ruidosa que producían los herreros. ¡La marea de la duda bajaba! Oía Redwood las voces de los gigantes y observaba los movimientos que las acompañaban. ¡No era sueño, sino realidad, realidad tan positiva como las obras de la malicia! Y, si cabe, aún más reales que éstas, porque las cosas grandes son las del porvenir; y la pequeñez, la bestialidad y la debilidad del hombre, son cosas que pasan. Abrió, al fin, los ojos.

—¡Se acabó!—gritó uno de los herreros, arrojando él y su compañero los martillos que habían empuñado.

Sonó una voz desde arriba. El hijo de Redwood estaba hablándoles á todos desde el gran terraplén.

—No es que queramos echar del mundo á la gente pequeña—decía el joven—para que nosotros, que sólo tenemos un grado mayor de su pequeñez, podamos disfrutarlo para siempre. Es que luchamos por defender y conservar ese grado, y no por nosotros mismos. ¿Con qué fin estamos aquí, hermanos? Para servir al espíritu y al objeto que ha sido inspirado á nuestra vida. Repito, que no luchamos para nosotros mismos,

pues solamente somos los ojos y las manos, algo así como instrumentos de la vida del mundo. Así nos lo ha enseñado nuestro padre Redwood: desde nosotros pasará el espíritu por la palabra, el nacimiento y la obra á vida aún más grande. Esta tierra no es lugar de descanso ni sitio de juego; si lo fuera, podríamos entregar nuestros cuellos á los cuchillos de las gentes pequeñas, porque entonces no tendríamos mayor derecho á la vida que ellas, y éstas, á su vez, deberían someterse á las hormigas. ¡No luchamos por nosotros, sino por el crecimiento, que debe avanzar hasta lo infinito!

Hizo una pausa, y después añadió:

—Y vivamos ó muramos, el crecimiento vencerá por nosotros. Tal es la ley del espíritu para siempre: crecer, según la voluntad del Señor, salir de estas hendiduras y resquebrajaduras, de estas sombras y de estas tinieblas, hasta llegar á la grandeza y á la luz. ¡Cada vez más grandes, hermanos míos!—repetía el joven Redwood lentamente.—¡Cada vez más grandes! Llegar á la mayor magnitud, crecer hasta que el espíritu destruya el temor y se eleve. . . .

Extendió el brazo hacia el cielo y concluyó:

—¡Hasta allí!

Su voz cesó. La claridad del reflector giró y descansó algunos instantes sobre él, erguido y con la mano gigantesca extendida hacia el cielo. Durante un momento quedó todo su cuerpo iluminado, y sus ojos vueltos hacia el espacio sembrado de estrellas. Giró de nuevo la luz y quedó solo el contorno grande y negro que se destacaba en la obscuridad del cielo estrellado, contorno enorme que amenazaba con poderoso gesto á la tierra, al mundo de las gentes pigmeas.

FIN.

SOBRE

LA PIEDRA

BLANCA

ANATÓMICO

INSTITUTO DE ANATOMÍA

SOBRE

LA PIEDRA

BLANCA

POR

ANATOLE FRANCE.

TRADUCCIÓN DE

J. J. T.

PARA

LA "REVISTA MODERNA DE MEXICO."



MÉXICO

—
IMPRENTA DE IGNACIO ESCALANTE

SAN ANDRÉS NÚM. 69.

—
1905.

SOBBRE

LA PIEDRA

BLANCA

ANATOLE FRANCE

TRADUCCION DE

J. J. J.

LA "REVISTA MODERNA DE MEXICO"



MEXICO

IMPRESA EN EL ESTABLECIMIENTO

DE LA REVISTA MODERNA DE MEXICO

1911

*Pareces haber dormido sobre la piedra blanca
en medio del pueblo de los sueños.*

PHILOPATRIS, XXI.

